



SUSCRICION
EN
MADRID.
UN MES. . . 8 rs.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40
UN AÑO. . . 80

30 por 100 de in-
demnización á los
suscriptores.

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION
EN
PROVINCIAS.
UN MES. . . 40 rs.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48
UN AÑO. . . 96

30 por 100 de in-
demnización á los
suscriptores.

SUMARIO.

Sobre el franqueo de impresos.—HISTORIA DE LA SEMANA.—REVISTA de teatros.—SEMANA RELIGIOSA; De la institucion de la cuaresma.—SEMANA CIENTIFICA; Páginas de un viajero. Apuntes de un diario de mis viages por Italia.—Apuntes sobre las Cruzadas.—SEMANA JUDICIAL; Causa llamada del Sello Real.—SEMANA LITERARIA; Dos duelos á diez y ocho años de distancia, leyenda, conclusion.—Teatro Español, primera representacion de Masaniello.—El licenciado don Tadeo Crisóbal; gaceta devota, logogrifo, solucion del anterior. Este número lleva trece grabados.

FRANQUEO DE IMPRESOS.

DOS PALABRAS NO MAS POR ÚLTIMA CONTESTACION AL HERALDO

EL HERALDO en su número del 20 del corriente nos ha dispensado la honra de hacerse cargo del artículo que publicamos el lunes pasado sobre franqueo de impresos, acusándonos de haber exagerado la importancia del comercio de libros en nuestro país, y aduciendo como prueba un estado de los ingresos de la renta de correos en 1848, inserto en la Gaceta del día 6 de este mes, del que aparece que el valor del franqueo de impresos en dicho año, tanto en la Península como en las islas Baleares y Canarias, ascendió á la insignificante suma de 3,329 reales 16 maravedises, y el de los periódicos importó en el mismo período 409,629 reales. Vamos á emplear para combatirlo las mismas armas de que ha usado, es decir, los números, á que tambien somos un tanto aficionados, y estamos seguros de que la victoria ha de quedar de nuestra parte. Solo el establecimiento de que es director propietario el que suscribe estas líneas, franqueó en el año que cita EL HERALDO por valor de OCHENTA MIL CINCO REALES VEINTE MARAVEDISES VELLON, segun consta de los recibos de la administracion de Madrid que tenemos á la vista y nos comprometemos á manifestar á todo el que quiera verlos. Inútil es decir que este dato destruye toda la argumentacion de nuestro colega; pero como se refiere á un documento oficial, cuya exactitud no queremos poner en duda, vamos á explicarle en qué consiste su error para que vea que llevamos la generosidad hasta el último extremo. La equivocacion nació de que pagando igual precio de franqueo los impresos de cualquiera clase y los periódicos, la direccion ha hecho indudablemente un cuerpo de ambas cosas, considerando todo para su contabilidad como periódicos; de modo que en la partida de 409,629 reales están incluidos los libros, los impresos y los periódicos que han franqueado los establecimientos y las redacciones; y los 3,329 reales es el producto de los impresos, libros ó periódicos que han franqueado sueltos los particulares pagando medio porte segun el antiguo sistema.

Hecha esta aclaracion, EL HERALDO comprenderá que si de los 409,629 reales que aparecen en el estado como pagados por los periódicos, se deduce lo que corresponde por libros ó impresos tomando en cuenta lo que un solo establecimiento satisfizo, y siguiendo la misma proporcion (1), resultará que los periódicos contribuyeron con una cantidad respectivamente insignificante, al paso que fué respetable la de los demás impresos, y por consiguiente todos los cálculos y argumentos de nuestro colega se vuelven en su contra. Pero todavia no es el error de donde parte lo que mas llama la atencion en el artículo de EL HERALDO, sino la contradiccion en que incurre; porque si tan insignificante es el comercio de libros, ¿dónde están, pues, los perjuicios para la renta de correos, el retra-

so en el servicio público, el sobrecargo de los carros y sillas de posta y todos aquellos males que con tan negros colores nos pintó nuestro colega en su número del 6 del corriente? Una de dos; ó el comercio de libros tiene ó no importancia en España. Si no la tiene, las limitaciones que establece el decreto de 24 de octubre para el franqueo de impresos son inútiles y sin objeto; si la tiene, si produce mucho, malo ó bueno, es indudable que mantiene á millares de familias, puesto que por sí solo alimenta ininidad de industrias, y merece por tanto la proteccion del gobierno.

Al otro extremo del artículo de EL HERALDO, que se reduce á intentar probar con el apoyo de un escrito del señor Rivadeneira, que el comercio de libros es una especulacion, nada queremos contestar, porque no ha sido nuestro ánimo al tomar la pluma escribir un artículo de réplica, sino rectificar los errores cometidos por EL HERALDO; lo que si le agradeceríamos fuera que nos dijese si conoce alguna clase de comercio que no sea una especulacion, y si admitido que haya abuso en el comercio de libros, como lo hay en todo, ha de deducirse de ello que el comercio de libros no debe existir; una vez establecida esta lógica, nosotros probaremos que no debe existir nada, incluso lo más sagrado, porque nada hay en el mundo de que no se abuse.

MELLADO.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior. FRANCIA. La situacion va cada vez presentándose mas complicada y con alarmantes síntomas.

Las elecciones en reemplazo de los treinta y un miembros de la Asamblea, eliminados por la justicia del país como culpables en los sucesos de 13 de junio último se han fijado para 10 de marzo próximo, y naturalmente la cuestion es saber que saldrá de las urnas, haciendo grandes esfuerzos el partido socialista.

Los debates cada vez mas y mas estériles de la Asamblea, son extraordinariamente pálidos al lado del interés de terror, que se halla unido á la gran cuestion que amenaza el porvenir de la Francia, aguardando muchos ver salir de la urna electoral nombres mas siniestros para la tranquilidad pública que los que se trata de reemplazar.

Las funestas divisiones que dividen el gran partido del orden en veinte banderías, cada una con su bandera, sus pretensiones y hasta su pretendiente, hacen temer que venza el partido del socialismo. Muchos ciudadanos han resuelto no tomar parte en las votaciones, para no dar una adhesión tácita á las instituciones republicanas, que sufren faltos de saber con qué reemplazarlas.

La lucha de hoyes entre el hombre que demanda al trabajo y á la industria su existencia y la de su familia, y la del que quiere apoderarse de la propiedad ajena, ganada por el propietario con el sudor de su frente.

De todas las partes de Francia se anuncia que los rojos se disponen á celebrar el aniversario del 24 de febrero, y la autoridad de los pueblos teme un gran trastorno para ese día.

El gobierno ha tomado las mas grandes medidas de precaucion. Se ha dividido la Francia en cuatro grandes departamentos militares, y se han conferido los mas latos y estensos poderes á los cuatro gefes de cuerpos experimentados, en cuyas manos se ha centralizado la accion de muchas divisiones militares.

La guerra está francamente declarada á la sociedad, por un partido que se divide y reparte en su imaginacion los despojos de la Francia. Están tomadas medidas energicas para sofocar toda tentativa de desorden. Parte de la prensa se ha sublevado contra estas medidas, y acusa á su vez al gobierno del presidente de meditar un golpe de estado.

El presidente Luis Napoleon ha visitado los cuarteles de París, y ha sido acogido con entusiasmo en

todos ellos, así como en el Circo donde se daba la representación de las batallas de Napoleon, bajo el título de *Primeras páginas de una historia gloriosa*.

Lo que es indudable es que se preparan grandes acontecimientos, y que su eco se hará sentir en todo el mundo, pues sus destinos hace tiempo se deciden en Francia.

La cuestion griega suscitada tan alevé como intempestivamente por la Inglaterra continúa aun lejos de su solucion, pues el almirante Packer no ha admitido la mediacion de los representantes de Francia y de Rusia, y ha continuado con el mayor vigor las hostilidades, apoderándose de todos los buques de guerra griegos, que fiados en la paz en que se hallaba aquella potencia no han podido replegarse á los puertos. Se han apoderado de las islas Sapienza y Cervi que reclamaban como pertenecientes á los estados Jónicos, habiéndolas fortificado, artillado, y puesto guarnicion de la marina inglesa, habiendo procedido á esta ocupacion á despecho de las protestas de las naciones protectoras del reino de Grecia.

Se cree que el objeto de la Inglaterra es el hacer abdicar á su rey, á quien en vano contra tan fuerte potencia sostiene el entusiasmo y amor de sus pueblos.

El rey de Prusia ha decretado un nuevo armamento. El ejército va á ser reforzado considerablemente, porque teme que la revolucion apenas comprimida, estalle de nuevo, y para estar prevenido para los sucesos que deben sobrevenir en Europa segun lo cargado y oscuro que se presente el horizonte político.

En Inglaterra la oposicion ha hecho una tentativa en el parlamento para derribar al gabinete. Ha tratado de aprovecharse de la disidencia entre el conde Grey y la colonia del cabo de Buena-Esperanza con motivo de haber resuelto el gobierno trasformar esta colonia en un establecimiento penal. Los colonos se han opuesto tenazmente á esta medida, impidiendo embarcar á los condenados, y han roto todas sus relaciones con las autoridades inglesas, haciendo que el conde Grey retirase su malhadada disposicion.

Interpelado en la cámara el conde Grey sobre haber retirado su disposicion, se trató de hacer ver en ello la derrota del ministerio, proponiendo mister Adlerleg que el señalar las colonias penales fuese en lo sucesivo atribucion del parlamento y no del gobierno.

Las radicales apoyaron enérgicamente la mocion, empero fué al fin desechada, no sin costar bastantes esfuerzos al gabinete.

La cuestion griega ha causado grande impresion en Austria. Vitupera aquel gobierno la conducta de la Inglaterra con un pueblo débil y amigo, empero teme que de esta nueva complicacion no resulte un aumento de preponderancia para la Rusia en los negocios de Oriente.

Se comprende en Viena que la mala inteligencia entre la Rusia y la Inglaterra, pondría la Turquía en una situacion estremadamente critica. La presencia de un ejército ruso que cada día recibe nuevos refuerzos en las provincias del Danubio, exigirá un ejército de observacion de parte del Austria, sobre las fronteras de estos países.

En Italia, siguen los ejércitos austriacos dominando y destruyendo los intereses que creara la revolucion última. El gran duque de Toscana ha desarmado la mayor parte de la guardia cívica ó nacional que habia en sus estados.

En Turin, el 12 se publicó ya definitivamente ratificado el tratado de paz concluido con el Austria, paz desastrosa y que siguió á la desgraciada batalla de Novara.

En Nápoles, en la noche del 2 al 3, se ha prendido fuego á la aduana, donde habia una gran existencia de carbon de piedra. El fuego se ha comunicado á los palacios de los príncipes de Salerno y de Capua. A la salida del correo, se trabajaba activamente en extraer el carbon, é impedir se comunicase el horroroso incendio al palacio real y á San Francisco de Paula.

En Sicilia ha vuelto á haber una tentativa revolucionaria, que ha sido enérgicamente reprimida. El 27 unos pocos insurgentes trataron de dominar á la ciu-

dad de Palermo, á los gritos de viva la libertad. El pueblo no los ha seguido, y ocho fueron presos, después de haberse batido denodadamente, siendo fusilados al día siguiente, después de haber sido juzgados por un consejo de guerra.

Decididamente, el papa Pío IX, cuya vuelta se anunciaba como tan próxima á Roma, no se moverá aun de Pórtici. La conducta de las tropas francesas y la protección que dispensan á los republicanos romanos no le inspiran confianza. Han dejado escapar á todos los presos políticos que se hallaban en el castillo de Sant'Angelo, de cuya fortaleza han hecho últimamente salir á las tropas pontificias ocupándolo los franceses. Parece además que los embajadores de Rusia y Austria se negaban también á volver á Roma, interin esta capital del mundo cristiano se halle á merced del ejército francés. Además la menor mutación en el gobierno francés, el triunfo de uno de los partidos estrechos, que en París pugnan por el mando, puede producir gran trastorno en Roma, y volver á resucitar allí la revolución.

Interior. Continúa reinando la mas completa tranquilidad en todas las provincias de esta monarquía, manifestándose en todas ellas el mayor júbilo al saber oficialmente el interesante estado de S. M. la reina, que hace esperar el advenimiento de un príncipe, que heredero de su trono haga la felicidad de esta nación.

Tan fausta noticia ha sido celebrada en Madrid con tres días de gran gala. La reina Madre ha recibido el lunes 17 las felicitaciones de la corte, llenando sus magníficos salones los altos dignatarios del estado, los senadores y los diputados.

En aquel mismo día el presidente del Consejo de ministros leyó sucesivamente á ambos cuerpos colegisladores, el real decreto por el que S. M. la reina, en uso de la prerogativa que le concede la Constitución del estado, suspendía las sesiones de la presente legislatura.

Se cree que aun se reunirán estas mismas cortes para jurar solemnemente al augusto heredero que la Providencia depara al trono español, acto antiquísimo y tradicional, y para el que aun en los tiempos del absolutismo se reunía un simulacro de cortes, después que perdieron estas sus primitivas atribuciones. Después se cree que se convocarán nuevas cortes, que siendo la expresión reciente de la opinión del país se ocupen en sus tareas legislativas.

La reina Isabel sigue perfectamente en su interesante estado, presentándose en los paseos públicos, y recibiendo todos los días las corporaciones del estado que á porfía se apresuran á depositar á sus pies la expresión de su júbilo y respetuosa lealtad.

REVISTA DE TEATROS.

La cuaresma, la temporada del año especialmente consagrada á las oraciones y al ayuno, aquella en que en otro tiempo quedaban cerrados los coliseos y vacantes todos los actores dramáticos y líricos, ha traído consigo á los teatros de Madrid la animación que no habían podido alcanzar en el periodo del año en que el movimiento teatral adquiere mayor velocidad é incremento; desde la pascua de Navidad hasta los días de carnestolendas. En la anterior semana todos ellos nos han ofrecido curiosas novedades; todos han hecho algo por el arte escénico, y han procurado al público de Madrid momentos de solaz y de agradable esparcimiento.

En el discurso de cinco días, el teatro del Circo por sí solo nos ha ofrecido dos nuevos espectáculos, uno lírico en la ópera *Atila*; otro coreográfico en la representación del baile *Manon Lescaut*. En el de la Comedia ha habido dos beneficios, en uno de los cuales se han ejecutado las comedias nuevas, tituladas *El carnaval de Nápoles* y *Cenar á tambor batiente*: el de Variedades ha continuado representando su bellísima ópera cómica *La Mensajera*: por último, hasta al teatro Español le ha tocado en esta semana su solemnidad mensual, poniendo en escena el nuevo drama *Massaniello*, con gran lujo de decoraciones y aparato escénico.

Tantas y tan curiosas novedades merecen ocupar nuestra atención en este lugar con preferencia á las que ofrece la vida de los salones, cuyos últimos y brillantes resplandores lucieron ya en los innumerables bailes del domingo de Piñata: y ahora que no se baila, ahora que el bailar no es ocupación á que se avienen fácilmente algunas conciencias escrupulosas, nuestros lectores volverán con mas gusto sus ojos hacia el teatro, y desearán tener una noticia,—porque solo estas pretensiones abriga nuestra humilde revista de teatros,—de los espectáculos mas notables que estos han ofrecido en las primeras semanas de la cuaresma, toda

vez que la asistencia á las funciones teatrales no será ciertamente, en opinión de la mayoría de nuestras lectoras, incompatible con los sermones y con los ejercicios devotos de la cuaresma.

Al mencionar los nuevos espectáculos de la semana hemos colocado en primer lugar al teatro del Circo: y es porque en nuestro concepto así lo merece. Francamente hablando, nosotros no creíamos que una empresa destituida de grandes elementos pudiese organizar dos compañías, una de ópera y otra de baile, en el antiguo circo de Madrid. Necesitábase para esto un valor á toda prueba, cuando tantos han fracasado en esta difícil tentativa, cuando es de todos sabido que el opulento y espléndido banquero que sostenía estos espectáculos dos años ha, sacaba de su bolsillo mas de cien duros diarios para procurar este pasatiempo al público de Madrid. Y pues la empresa del teatro del Circo ha organizado al fin dos medianas compañías de ópera y baile, y ha salido bien de sus dos primeros ensayos, no le negaremos nosotros el apoyo que se le debe de justicia,—que debíamos prestarle siquiera por egoísmo. Al fin tenemos ópera y baile, no muy buenos en verdad, pero que pueden mejorarse, y que se mejorarán indudablemente, si no nos engañan nuestras noticias.

La magnífica ópera del maestro Verdi, *Atila*, estrenada en la noche del domingo de Piñata, ha sido una difícil prueba para la nueva compañía. Luchaba con los buenos recuerdos de otra que la cantaba bastante bien dos años ha, y con el funesto precedente de la borrasca que había corrido la noche del *Hernani*. El público, sin embargo, iba dispuesto á ser tolerante, y fué todavía mas allá, porque estuvo galante y obsequioso: los aplausos fueron unánimes y repetidos. El éxito del estreno fué regular, y todavía ha mejorado considerablemente la ejecución de la ópera en las representaciones posteriores.

Si hemos de juzgar con imparcialidad el desempeño de *Atila*, diremos que la señora Rosmini de Solera no nos parece capaz de ejecutar el papel de *Odabella*: su voz es muy débil en los puntos altos, y la dificultad que experimenta para llegar á ellos disgusta al espectador: por lo demás, esta apreciable actriz ejecutó su papel con mucho acierto y con bastante aplomo hasta donde alcanzan sus facultades artísticas. El señor Alzamora cantó bien su aria de salida, y con especialidad el alegre: ejecutando del mismo modo el resto de la ópera. Su voz es clara y simpática, y aun creemos que adquirirá mayores proporciones cuando nuestro apreciable compatriota se haya familiarizado con aquel teatro. El señor Euzet no es tan á propósito para desempeñar el papel de *Atila* como los apreciables cantantes á quienes lo hemos oído en el mismo teatro; pero lo ejecuta con inteligencia, ya que no con perfección, y en este concepto mereció las simpatías del público: otro tanto podemos decir del señor Maneusi. En cuanto al conjunto de la ópera, no nos pareció la primera noche muy bien armonizado: las decoraciones no han sido muy buenas, y los coros han sido muy malos. En cambio la orquesta estuvo bien dirigida, y es bastante igual y numerosa, si no completa.

El jueves se estrenó el baile nuevo, *Manon Lescaut*, cuya representación deseaba con ansia el público, para ver lo que era este baile, tantas veces anunciado, y qué relación tenía con la novela de su título. Su argumento es tan sencillo como van á ver nuestros lectores.

Manon Lescaut es una excelente muchacha que no tiene mas que dos defectos, muy comunes por desgracia en su sexo: presunción y coquetería. Así es que paseándose por un jardín público de París con su amante, el pobre estudiante *De Grioux*, se le van á cada paso los ojos tras de los prendidos y los trages de las demás mugeres. El coronel *De Gerville*, que gusta de ella, explota esta debilidad en favor suyo, regalándole en el acto un abanico que había ofrecido á *Manon* un mercader ambulante, y que su amante no ha podido comprar, porque no posee mas bienes de fortuna que una medalla de oro que su madre le dejó al morir, como única prenda para que pudiese reconocer á su padre. El coronel declara su amor á *Manon* al entregarle el abanico, y valiéndose de un sargento de su confianza, hace ofrecer dinero á *De Grioux*, que lo acepta firmando, sin verlo, en vez de recibirlo, un enganche para el servicio militar, con cuyo medio el coronel consigue arrancarlo de los brazos de su amada y llevar á esta á su palacio.

Pero *De Grioux*, furioso de celos, penetra hasta el palacio de *De Gerville* jurando venganza, y allí insulta y desafía á uno de los amigos del coronel: por fortuna el duelo fué por el estilo de los del día, en que salen ilesos ambos combatientes. En medio de esta escena, *Manon* huye del palacio del coronel, y su amante busca después á este último en un teatro público, donde le dispara un pistoletazo; desgraciada-

mente yerra el tiro y solo consigue que lo prendan y lo lleven á la cárcel, donde va *Manon* á consolarle en sus infortunios. Reunidos allí los dos amantes, oyen leer la sentencia de muerte del agresor, y éste entrega á su amada la medalla de oro, cuya historia le refiere. «Nunca he sabido, le dice, el nombre de mi padre; pero si algun día llega á reconocer esta medalla, dile que su desgraciado hijo ha muerto víctima del amor y de la desgracia.»

No bien ha recibido la infortunada amante aquella preciosa medalla, cuando el coronel, que la busca por todas partes, penetra hasta aquel lugar y quiere arrancarla de los brazos de *De Grioux*; pero el aspecto de la medalla cambia repentinamente la escena. *De Gerville* la conocía perfectamente, porque la había dado á una muger á quien le unieron secretos, pero legítimos lazos. *De Grioux* es hijo suyo. El coronel obtiene del rey su perdón, y conseguido este, celebra en su palacio, con gran pompa y solemnidad, las bodas de los venturosos amantes.

El baile de que hablamos, así por su argumento como por su ejecución, nos deja algo que desear á los que hemos asistido al teatro del Circo desde 1844 á 1846. No hay en él ciertamente ni la graciosa ligereza de *Gisela*, ni el dulce sentimentalismo de *El lago de las Hadas*. No nos era fácil olvidar allí la aérea bailarina que se mecía voluptuosamente sobre las ramas en el primero de aquellos bailes, y que en el segundo danzaba graciosamente buscando la sombra que proyectaba su cuerpo á la argentina claridad de la luna. La señora Robert no puede llenar el lugar de la Guy: sus facultades no alcanzan tampoco á hacer olvidar á la graciosa Ferdinand; pero sin entrar en enojosas comparaciones, la aceptamos tal como es, y le deseamos tanto acierto en el desempeño de los demás bailes como en el de *Manon Lescaut*, en que el público entero le demostró de una manera inequívoca sus simpatías dándole numerosos y repetidos aplausos.

Estos aplausos fueron en nuestro concepto muy merecidos. La señora Robert bailó con suma gracia y ligereza algunos pasos difíciles: tiene bastante soltura, agilidad y sobre todo buena escuela: la parte mimica también es regular, aunque en el baile de que hablamos no tuvo grande ocasión de demostrar sus facultades en este concepto. El señor Dor es digno compañero de la señora Robert, y los esfuerzos de una y otro fueron hábilmente secundados, así por las señoritas Edo, Velletri y Malasaña, que bailaron algunos pasos con mucha soltura, como por el cuerpo de baile, que estaba perfectamente armonizado, y ejecutó algunos bailables y grupos de muy buen efecto. La empresa hizo por su parte cuanto pudo. El baile estaba bien ensayado y se puso en escena, si no con lujo, porque no lo requería, con gusto y con elegante sencillez.

Pasaremos desde estos espectáculos líricos y coreográficos á decir dos palabras de otro espectáculo lírico-dramático: de la *Mensajera*. Como nuestros lectores conocen ya esta linda composición del señor Olona, hablaremos tan solo de su ejecución en el teatro de Variedades. A nuestro juicio la *Mensajera* se acomoda mejor á este último teatro que al Español: las reducidas proporciones del coliseo de la calle de la Magdalena contribuyen á que tenga en él mas propiedad y mas verdad una ópera cómica que no puede abrigar pretensiones para llenar un teatro de primer orden. El señor Salas continúa desempeñando con inimitable gracia su papel de don Gil, y el señor Gonzalez también ejecuta el suyo con la exactitud—y con la frialdad—de costumbre. En el cambio del señor Arjona por el señor Navarro hay una pérdida considerable: por el contrario creemos que hay ganancia en el cambio de la señorita Latorre por la señorita Moscoso para el papel de Inés. Lindas y buenas cantatrices las dos para lo que exige el desempeño de este papel, la señorita Latorre tiene sobre aquella la ventaja de estar muy bien en escena, y de ejecutar la parte dramática con mucha verdad y con muy buenas maneras. La empresa de Variedades ha tenido mucho acierto al acomodar á su teatro la *Mensajera*. Es verdad que lo tiene acreditado en la elección y en la representación de cuantas piezas pone en escena.

El teatro de la Comedia, después de haber dedicado á S. M. una función variada y un himno solemnizado con el vuelo de algunas palomas y con algunos ramos de flores esparcidos por la sala, nos ha ofrecido en la semana anterior dos beneficios, cuyo resultado, casi igual para los beneficiados, porque ambos dieron entradas llenas, ha sido muy distinto para el público. En el primero se representaron dos piezas conocidas y una mala tonadilla: en el segundo ha habido dos piezas nuevas; el *Carnaval de Nápoles*, comedia en tres actos de los señores Montemar y Sanz Perez, y *Cenar á tambor batiente*, pieza en un acto por el señor Bermejo. Contribuyó además á hacer divertida la función el patedú de la *Caña cascada*, que bailaron con suma gracia los señores Pardo y Guerrero.

El *Carnaval de Nápoles* es una comedia de enredo, fundada sobre un argumento muy trivial: dos amantes contrariados por un celoso tutor, portugués por mas señas, logran casarse despues de mil vicisitudes y penosos trabajos, burlando la constante persecucion del desapiadado tutor. En el sencillo, pero animado enredo de esta pieza, hay todo cuanto puede conducir á aumentar de una manera considerable el efecto teatral, que es el objeto principal de sus autores: máscaras, monjas, convento, hombres disfrazados de mujeres y otra porcion de cosas por este estilo, algunas de ellas inverosímiles, otras traídas con poco acierto; incluyendo entre las últimas el título de la pieza, cuyo fundamento solo estriba en que la escena pasa en Nápoles y en el carnaval, sin que el carnaval juegue papel alguno hasta que el autor lo hace intervenir en el desenlace de la pieza de una manera algo violenta. En suma, el *Carnaval de Nápoles* es inferior á lo que podíamos esperar del talento de sus autores, acreditados ya en la escena española por otras buenas producciones. Llena, sin embargo, su objeto como obra destinada á procurar al público algunos momentos de agradable pasatiempo: abunda en graciosos chistes y en situaciones cómicas, y mantiene vivo hasta el fin el interés y la curiosidad de los espectadores. La ejecución fué regular: los señores Banovio y Dardalla contribuyeron especialmente al buen éxito de la comedia.

El patedú de la *Caña cascada* es un popurri de aires españoles, muy vulgares y conocidos, á cuyo compás representan los señores Pardo y Guerrero, el primero en traje de aérea bailarina y el segundo en otro análogo de bailarín, una escena de baile fantástico, que acompañan en sus últimos pasos con el ruido de dos cañas cascadas. La crítica ha sido picante y la ocurrencia chistosa: el público la acogió con aplauso, porque en su ejecución estuvieron muy felices ambos actores.

Cenar á tambor batiente es una graciosa piececita en un acto, cuyo sencillo argumento es en extremo original y está hábilmente desarrollado por su autor, el señor Bermejo. Un militar, que entra en la casa de sus patrones, queriendo avasallarlos todo y disponer de todo, sin exceptuar á la linda muger de su patron: que sale completamente burlado por la astucia y entereza de éste, el cual, á pesar de sus desafueros, lo ampara ocultándolo en su casa, cuando debia sucumbir al brazo enemigo, y le hace reconocer su mal proceder y la generosidad de su rústico protector, es un pensamiento feliz y del que puede sacarse gran partido. La piececita está bien versificada: el diálogo es fácil y animado. En la ejecución hubo esmero por parte de todos los actores. Sin embargo, esta pieza perderá siempre por la ejecución mucha parte de su efecto, mientras no se presente una muger muy fea á representar el papel de Ruperta.

Poco despues de terminarse esta funcion en el teatro de la Comedia, concluia en el *Español* la representación de *Masaniello*, que á pesar de su buena ejecución, de sus vistosas y lujosísimas decoraciones, fué muy mal recibido del público, que lo espresó con signos inequívocos al caer el telon cuando terminaba el último acto.

En medio de este movimiento y de esta agitacion teatral solo el teatro del Drama ha permanecido estacionario: decimos mal; ha muerto al fin, si hemos de creer lo que han dicho los periódicos y hemos de juzgar por la soledad que reina á todas horas en derredor suyo. Esta noticia, dada con equivocacion, es la que ha dado margen á la especie, completamente inexacta, de que ha quebrado el teatro de la Comedia: el teatro de la Comedia sigue sin novedad por ahora, y cuenta con muchos elementos de porvenir y de larga vida.

Para completar el cuadro de noticias teatrales que en tanta abundancia nos ha ofrecido la anterior semana, diremos que el sábado ha debido cantarse en Palacio la ópera *Ildegonda*, cuyo ensayo general habia dejado tan satisfecha á la numerosa concurrencia que á él habia asistido. Anúnciase asimismo otra novedad importante para el propio teatro. Dicese que en cuanto se restablezca de su indisposicion la señora doña Matilde Díez, principiarán los ensayos del *Vergonzoso en palacio*, desempeñado por aquella actriz y los señores Rómulo, Guzmán y Sobrado.

También el conservatorio de música de María Cristina tenia dispuesto para el día de ayer su ejercicio mensual, en que los alumnos de dicho establecimiento debían cantar una romanza de la ópera *Don Sebastian*, de Donizetti, una cavatina de la ópera *Eleonora* y un dúo del *Nabuco*, representándose despues la comedia del señor Breton de los Herreros, *Un novio á pedir de boca*.

Dispónense asimismo para la presente semana nuevas y variadas funciones teatrales. El de la Comedia dispone para mañana martes á beneficio del apre-

ciable actor, señor Lugar, la comedia en tres actos del señor Sanz Perez, titulada *el Pollo*, un baile titulado *el Jaque*, y por conclusion la conocida pieza andaluza, los *Celos del tio Macaco*.

A.

SEMANA RELIGIOSA.

LA INSTITUCION DE LA CUARESMA.

Su origen.—Antigüedad.—Diversas formas de ayuno.—Ayuno antiguo.—Ayuno moderno.

Pocos dias hace, cuando todo el mundo se entregaba á una alegría profana con los placeres y las diversiones del carnaval, ya la iglesia dejaba oír sus tristes gemidos. Cuando los armoniosos sonos de una deliciosa música resonaba en los teatros y en los bailes, ya la iglesia se cubria de luto; y cuando las gentes coronaban sus cabezas de hermosas flores, y tomaban en su mano la copa del placer, la iglesia venia á deshojar sobre sus cabezas esas efímeras coronas, á romper esas copas encantadoras y á poner sobre la frente de cada uno de ellos la ceniza de los muertos, recordándoles la sentencia terrible que Dios justamente irritado pronunció contra el primer pecador, «acuérdate de que eres polvo y que en polvo te convertirás.»

Desde entonces han resonado en las bóvedas de los templos los ecos del dolor y los tristes acentos de Jeremías, el profeta de los grandes dolores, el que suspiró en otro tiempo sobre las ruinas de la infortunada Jerusalem.

A las fiestas del carnaval ha sucedido la cuaresma, ese tiempo de un ayuno de cuarenta dias que los católicos observan para santificar las costumbres y prepararse dignamente á la fiesta de la pascua.

La iglesia ha creído en todos tiempos que el ayuno era un excelente remedio contra el pecado, y un gran freno para reprimir las pasiones, y la experiencia de los siglos, y la ciencia de la humanidad, han hecho incontestables estas verdades, probando que los ayunos generales y regulares son de una eficacia muy superior á los ayunos individuales, á causa del mútuo ejemplo que se dan los fieles y de la emulacion que los impulsa á nuevo fervor y compuncion.

La cuaresma ha sido objeto de grandes ataques por parte de los enemigos del cristianismo, quienes dicen que los hombres deben en todos tiempos observar una vida conforme á los principios de la fé, y que es una supersticion reservar una porcion del año para una devocion mayor que la acostumbrada; pero la cuaresma es un tiempo señalado precisamente para el ayuno y la penitencia, porque si este tiempo no estuviese prefijado no tardaria el hombre en olvidarse ó desentenderse de este piadoso deber. A esa necesidad moral puede añadirse, que no es impropio de la dignidad de la iglesia, ni ageno del espíritu de caridad que siempre la ha distinguido, el atender á la salud del cuerpo, decretando la institucion de la cuaresma, porque la templanza y la sobriedad son los mejores medios de sostener la salud; y la abstinencia y el ayuno los mejores medios de restablecerla.

Por medio de continuos ayunos, cuya austeridad aterra, y parecen increíbles en el día, es como los padres del desierto conservaron una salud tan vigorosa mas allá del término ordinario de la vida, viviendo mas de un siglo en los países cálidos, donde la duracion de esta es generalmente mas breve que en los climas templados. San Pablo, primer ermitaño, vivió 113 años; San Antonio 103; San Arsenio 120; San Juan el Silencioso 104; y el historiador Josefo nos refiere que los essenianos, secta de los judíos que estaba consagrada á la austeridad y á la penitencia, eran notables por su longevidad, y que muchos de ellos vivian un siglo, merced á la moderacion y sencillez de su sustento que no consistia mas que en un poco de pan y trigo cocido. Igual observacion podríamos hacer si penetrásemos en los fastos de la antigüedad, y computásemos la ancianidad de los antiguos filósofos, Demócrito, Hipócrates y Zenón!

La institucion de la cuaresma, ademas de ser religiosa, es eminentemente higiénica; así es que todas las religiones tienen su cuaresma, lo mismo el adorador de Cristo que el sectario de Mahoma.

La primavera es la estacion mas favorable para reparar las pérdidas de la salud, los humores están entonces en movimiento, todo lo que vegeta experimenta una especie de fermentacion, y las yerbas frescas dan jugo mas saludables que en las otras épocas del año; así es que el cuidado de nuestra salud corporal influyó como un motivo secundario en la institucion de la cuaresma, y la iglesia lo demuestra en la oracion en que pide á Dios la gracia para observar devotamente la cuaresma, establecida para el bien de nuestras almas y la salud de nuestros cuerpos.

Gran controversia ha habido sobre la época de la institucion de la cuaresma. Data en nuestro concepto desde los tiempos apostólicos, siendo imposible sostener como quieren algunos que deba su origen á la decision de un concilio, porque el Cónon 79 de los apóstoles, el concilio de Nicea celebrado en 325, el

de Laodicea en 363, y los padres del siglo II, nos hablan ya de la cuaresma como de una costumbre generalmente observada en toda la iglesia católica. Indudable es, pues, para nosotros que la cuaresma es de institucion apostólica, y los apóstoles tampoco hicieron en ello nada de nuevo, atuvieron á las antiguas tradiciones del pueblo de Dios. Moisés, elegido por el Eterno para ser el legislador de los judíos, se prepara con cuarenta dias de ayuno para recibir las órdenes de Dios en el monte Sinaí, y repite igual severa abstinencia antes de recibir las segundas tablas de la ley; Elías ayuna cuarenta dias antes de que se le aparezca Dios en el monte Oreb; David observa un rigoroso ayuno durante su penitencia; Ester se prepara con el ayuno á aplacar la cólera de Asuero; los ninivitas ayunan cuarenta dias seguidos despues de la predicacion fatídica de Jonás; el Bautista se dispone por medio del ayuno á recibir al Salvador del mundo; y Cristo mismo se prepara con cuarenta dias de ayuno en el desierto antes de comenzar su divina mision.

Desde los primeros tiempos del cristianismo la duracion de la cuaresma se fijó en cuarenta dias para toda la iglesia; así es que á este ayuno general el concilio de Nicea lo llama cuaresma. En el año de 230, Orígenes llama á la cuaresma un espacio de cuarenta dias consagrados al ayuno. Exceptuábanse de él no obstante los domingos, empero en los tiempos de Gregorio el Grande, se añadieron cuatro dias mas á la cuaresma á fin de que constase de cuarenta dias completos. Desde entonces la cuaresma ha empezado como en nuestros dias, no en el domingo de cuadragésima, sino en el miércoles precedente que se llama miércoles de Ceniza.

La benignidad de la iglesia, tan severa en los primeros siglos en la penitencia y los ayunos hace que hoy no sean lo que fueron en aquellos tiempos los ayunos de la cuaresma. Los cristianos de los primeros siglos, que no rompian el ayuno de la cuaresma sino despues de ponerse el sol; que no comian entonces mas que yerbas, raíces y pan, no solo se abstenerian de carnes sino tambien de pescados, de todo lo que habia tenido movimiento y vida, de todo lo que procedia inmediatamente de los animales, como la leche, los huevos y la manteca. La prohibicion del vino no era menos rigorosa que la de las carnes. En el siglo VI se modificó algun tanto la ley de la abstinencia, permitiéndose un poco de vino á los que tenían el estómago débil, y en el mismo siglo se extendió despues la tolerancia al uso del pescado, empero no del pescado exquisito y propio para el regalo del paladar.

Los lacticinios se prohibieron despues en los cánones, y de estos todavia continúa la prohibicion en Italia, en España, en los países meridionales y en todo el Oriente; pero en el Norte, donde la estacion no está aun bastante adelantada en la época de la cuaresma para germinar las verduras necesarias, se permitian los lacticinios. A falta de aceite en los países del Norte se toleró tambien la manteca, empero esta concesion se hacia siempre á cambio de limosnas y buenas obras; así es que una de las torres de la magnífica catedral de Rouen ha conservado hasta hoy el nombre de *Torre de la Manteca*, porque se construyó con el producto de las contribuciones piadosas de los habitantes, obtenidas en forma de compensacion por la licencia para comer manteca durante la cuaresma, licencia que el arzobispo obtuvo para su diócesis en 1483. No solamente comprendia la prohibicion de comer carnes el deber cuaresmal, sino el abstenerse de todo sustento durante cierto espacio de tiempo.

Antiguamente el ayuno era solo una comida por día despues de ponerse el sol, excepto los miércoles y los viernes, día en que se comia despues de la hora de nona, es decir á la tres de la tarde.

Tal fué el uso universal de la iglesia en los doce primeros siglos del cristianismo; pero en el siglo XIII ya se fijó la hora nona para la comida de todos los dias. Poco á poco fué llegando á ser lícito desayunarse al mediodía; y despues, la misma relajacion de la severidad de la iglesia que primitivamente habia prohibido que no se comiese mas que una sola vez al día, en adelante permitió ya una ligera colacion por la noche.

La primera colacion que permitieron los cánones consistió en un vaso de agua, siendo así que antes no era permitido beber fuera de la comida en los dias de ayuno; la iglesia sin embargo no ha querido que ayunen sino los fieles que tienen la robustez necesaria para ello, exceptuando á los que tienen alguna incapacidad física, y á los que tienen tambien ocupaciones indispensables como los soldados, los caminantes, los que tienen que asistir á los enfermos, y todos los consagrados á obras de que resulte un bien mayor.

Todos los padres de la iglesia consideraban el ayuno de la cuaresma como obligacion de la mas alta importancia, y como un sacrilegio la falta de él. En el día, la benignidad de la iglesia, si bien ha hecho de este precepto uno de sus mandamientos, lo ha dulcificado en la forma y en el modo de llevarlo á cabo, en términos de ser en nuestra España un sacrificio ligero á todos aquellos que á cambio de una corta retribucion, que la iglesia ha aplicado á objetos de beneficencia, toman la Bula de la Santa Cruzada,

CONDE DE F.

SEMANA CIENTIFICA.

PAGINAS DE UN VIAGERO.

III.

EL COLLADO DE BALMA.

Mi guía fué tan exacto como el despertador de su reloj, y á las cuatro y media atravesábamos la aldea de Martigny en la cual no vi cosa digna de atención, á escepcion de tres ó cuatro chiquillos sentados á la puerta de la casa paterna que vegetaban al calor del sol de levante. Al salir del lugar pasamos el Drauza que descende del monte de San Bernardo por el valle de Entremont y desemboca en el Ródano entre Martigny y la Batia. Poco despues dejamos la carretera y tomamos un sendero que se internaba en el valle, apoyándose á la derecha sobre la vertiente oriental de la montaña, y así que hubimos caminado una media legua, poco mas ó menos, mi guía me hizo volver la vista hácia atrás y mirar el paisaje que se presentaba á nuestros ojos.

Entonces comprendí á primera vista, la importancia militar que debía dar César á la posición de Martigny, ó para servirme del nombre que él le dá en sus *Commentarios*, de Octoduro. Esta población debía ser por su asiento el centro de sus operaciones sobre la Helvecia por el valle de Tarrada; sobre las Galias por el camino que seguimos nosotros y que conduce á la Saboya; y por último sobre la Italia por el *Ostiolum montes Jovis*, que es hoy el Gran San Bernardo, donde él había mandado trazar una carretera romana que llegase de Milan á Maguncia.

Nos encontrábamos en el centro de aquellos cuatro caminos y podíamos verlos huir cada cual por su lado, siguiéndolos con la vista mas ó menos lejos segun nos lo permitiesen los fantásticos accidentes de la gran cadena de los Alpes, en medio de lo cual nos hallábamos.

El primer objeto que atraía la vista como punto central de aquel vasto cuadro, era desde luego la antigua ciudad de Martigny, donde vivian en tiempo de Anibal aquellos semi-germanos, de que hablan César, Estrabon, Plinio, y Tito Livio, y que por sus ventajas topográficas mereció el terrible honor de ver pasar

vidamente en el valle del Ródano, forma de Martigny á Riddes una línea tan vasta que parece una cuerda tirante entre dos piquetes, que son los campanarios de las dos villas. Á la izquierda, el naciente Ródano



El Simplon.

serpentea en el fondo del valle, ondulado y brillante como el fleco plateado que flota en la cintura de una doncella, mientras que encima de él se levanta de cada lado aquella doble cadena de Alpes, que se abre en

granito, reúne las anchas bases del Gallenstock y del Mutthon.

Volviendo la vista del horizonte al lugar en que estábamos, veíamos á la izquierda, aunque para perderse luego detrás del castillo de Martigny, el camino que conduce á Ginebra por el valle de San Mauricio, y á la derecha la carretera del gran San Bernardo, á la cual sucede, saliendo de San Pedro, un sendero que guía al hospicio. La carretera se puede ver, durante una legua con corta diferencia, costeano el Drauza, torrente ruidoso y lleno de guijarros, que por ella atraviesa de vez en cuando, para pasar caprichosamente de un lado á otro. En fin, al continuar nuestro camino, volvíamos á encontrar la senda escarpada que trepábamos antes, y que á primera vista parece dominar el sombrío pico de la Testa Negra, mientras que llegando á la cima de la Jorelas, creyendo deber escalar inmediatamente aquella especie de Pelion, elevado sobre el Ossa, nos detenemos admirados de que separen aquellas dos cúspides una distancia de dos leguas, cuando antes parecían tocarse, y mas cuando se descubre inopinadamente un valle, cuya existencia no se podía sospechar siquiera.

Por acostumbrado que estuviese á no formarme idea de las distancias por el testimonio de mis ojos en medio de aquellas masas colosales, no por eso dejé de admirarme cuando descubrí de improviso á mis plantas, y cual si faltase la tierra á mis pasos, aquella profunda abertura. Luego vi á dos mil pies de profundidad torcerse y relucir, delgado como uno de aquellos hilos que el viento arrebató á fines de verano, aquel torrente que fugándose de la hermosa nevera de Trient, serpentea caprichosamente por todo el valle, y hendiendo una montaña de arriba abajo se arroja y pierde en el Ródano entre Vervay y la Veneria. Algunas casas cubiertas de parduscos techos, desparadas por sus orillas, asemejan gruesos escarabajos que se pasean pausadamente por la llanura, mientras que de los extremos opuestos

de aquella especie de villorrio, salen dos caminos que apenas se pueden distinguir á la simple vista, y se dirigen á Chamuní, uno por la Testa Negra y otro por el collado de Balma, este es el que nosotros debíamos seguir.



El baño de familia.

por sus murallas los ejércitos de los tres colosos del mundo moderno: César, Carlo-Magno y Napoleon.

La vista no se separa de Martigny, mas que para seguir el camino del Simplon, que internándose atre-

el collado de Ferret, que se ensancha para encerrar en toda su longitud al Vallés, y que va á unirse cincuenta leguas mas lejos, en el sitio en que el Furca, punto intermediario entre aquellos dos ramales de

Bajamos, pues, al valle, y mi guía me aconsejó que hiciésemos alto en una pobre barraca olvidada á orillas del camino, pomposamente enriquecida con el título de hosteria. Segun él bediamos descansar allí y

brar ánimo para lo que quedaba de jornada, no debiendo encontrar otra casa hasta el mismo collado de Balma que distaba tres leguas; pero yo calculé que el motivo de la detención era la sed que tenía mi compañero.

Nos dieron una botella de vino del país, con la cual un parisiense no habría querido sazonar una merienda, aunque pagada al precio del vino de Burdeos, y que el vallesano apuró hasta la última gota. Afortunadamente hallé lo que en Suiza se encuentra en todas partes, esto es, una taza de excelente leche en la cual derramé algunas gotas de kirchenwasser, pobre alimuerzo para un hombre que debía caminar seis leguas del país. Mi guía que conoció la causa de mi enagenamiento, viéndome mojar con negligencia un pedazo de pan duro y ceniciento como piedra pomez en aquella bebida acedada, me animó un poco asegurándome que en la venta del collado de Balma encontraríamos cosa mejor que comer. Rogué á Dios que le escuchase y continuamos nuestro camino.

las dos montañas. Este pastor nos acompañó por la vertiente opuesta á la que nosotros seguimos, aumentando su destreza y velocidad por espacio de media legua, sin otro motivo al parecer que el gusto que creía causarme con su habilidad y temerario arrojo.

Ya hacia algun tiempo que el aire refrescaba, y nosotros continuábamos subiendo, y nos hallábamos casi á siete mil pies sobre el nivel del mar, y se dejaba entender por las grandes capas de nieve que se descubrían, que nos acercábamos á las regiones heladas en que no se derrite jamás. Habíamos dejado mas abajo en la subida del bosque Magnen las hayas y abetos; allí donde estábamos entonces no crecían mas que yerbas de pasto: de vez en cuando soplaban un vientecillo que helaba de improviso en mi frente el sudor que la fatiga volvía á llamar en seguida. Tuve una verdadera alegría cuando el guía me dijo que íbamos á descubrir la venta, y algunos minutos despues vi efectivamente que en medio de la escotadura de la montaña se destacaba de un cielo azul el techo rojo

del mundo por medio de la cual se acerca el hombre al cielo.

Una hora permanecí sumergido en la contemplación de aquel cuadro, sin echar de ver que hacia cuatro grados de frio. Por lo que respecta á mi guía, que habia visto cien veces aquel magnífico espectáculo, corría á cuatro patas con el perro y le hacia ladrar tirándole de la cola.

Por último se me acercó para darme parte de una idea que le acababa de ocurrir.

—Si vd. quiere quedarse á dormir aquí, me dijo con el acento de un hombre á quien no vendría mal doblar su salario, doblando las jornadas, no le faltaría á vd. una buena cena y una excelente cama.

¡Insensato! si me hubiese dejado estar, por fuerza me habria debido contentar con la tal cena y la indicada cama, aunque Dios sabe la comida y el sueño que me estaban deparados.

Me levanté asustado con la idea del peligro que acababa de correr y le dije:—No, no, partamos, en se-



Chamuny.

Despues de una media hora nos hallábamos en la entrada de un bosque de abetos en donde yo habia visto antes que se perdía el camino. No me habia engañado mi guía; allí era donde debía comenzar la fatiga; sin embargo, como en adelante tendré que hablar muchas veces de sitios escarpados y peligrosos, no menciono este, mas que por mero recuerdo. Empezamos á costear la pendiente rápida del collado dejando á la derecha un precipicio de quinientos pies de profundidad, y allende el precipicio una montaña perpendicular, que los habitantes del país apellidan la Aguja de Illiers, que á la sazón acababa de adquirir celebridad por el salto mortal que en 1831 habia dado un inglés que quiso llegar á su cúspide. Mi compañero me hizo ver á las dos terceras partes de la altura de la Aguja el sitio en que le habia faltado el pié á aquel desventurado y el gran trecho que habia recorrido saltando de roca en roca, como un alud viviente, y me señaló en el fondo del precipicio el lugar en que se habia parado convertido en masa de carne informe y asquerosa sin figura ni apariencia humana.

Estas anécdotas históricas, poco lisonjeras á la verdad, lo son menos todavía con todo en el lugar mismo en que han acaecido, y es muy poco agradable á un viajero, por flemático que sea, el saber que en el mismo sitio que ocupa, otro habia resbalado, y que ese tal habia muerto. Por otra parte, los guías no son muy varos de tales cuentos, que son como un aviso indirecto que dan á los viajeros para que no se arriesguen por sí solos.

No obstante, allí mismo donde aquel inglés se habia estrellado corría un pastor á todo escape seguido de su rebaño de cabras, saltando de roca en roca, y arrojando á cada brinco alguna piedra, que á su descenso arrastraba otras que rodando arrastraban mas, las cuales arrancaban rocas pequeñas y estas á su vez las arrancaban mayores, de suerte que aquel tropel de piedras bajaba con celeridad progresiva por el declive de la montaña, produciendo un sonido como el del granizo en los tejados, hasta que despues de un intervalo de silencio iba á precipitarse con un ruido sordo en el agua que corre en el fondo de la barranca que separa

de aquella dichosa casa; luego sus paredes blancas que parecían salir de la tierra á medida que íbamos subiendo, y por último los escalones de la puerta en los cuales estaba sentado un perro que al vernos se dirigió á nosotros con los ojos brillantes y la cola inquieta, como invitándonos á que fuésemos á reposar á la casa de su amo. Gracias, mi buen perro, gracias, ya vamos.

Tantas ganas tenia yo de encontrar lumbre y de sentarme que me precipité en la venta sin echar siquiera una mirada sobre el famoso valle de Chamuny, que desde el umbral de la puerta se presenta á la vista en toda su estension y belleza.

Cuando hube calmado el frio y el hambre, que son los grandes enemigos de un viajero, me volví á sentir instigado por la curiosidad, é hice que mi guía me condujese teniendo mis ojos cerrados, hasta el sitio mas favorable para abarcar de una sola mirada la doble cadena de los Alpes, y luego estuve en un puesto bastante elevado para no perder nada de su estension. Entonces abrí los ojos, y como cuando se levanta el telon sobre una magnífica decoración, con un placer mezclado de espanto por verme tan pequeño en medio de tan grandes cosas, cogí todo el conjunto de aquel inmenso panorama, cuyas nevadas cúpulas dominando la rica vegetación de los valles, parecían los palacios de verano del dios del invierno.

Con efecto hasta donde mas lejos podía alcanzar la vista no se veía mas que picos descarnados, de cada uno de los cuales colgaban, como la cola arrastradora de una capa, las brillantes ondulaciones de un mar de hielo. La Aguja de Tour, la Aguja verde ó el Pico Gigante parecían competir á quien se acercaría mas al cielo, y la neveras de Argentiers, de Bossons ó de Taconnay, á quien bajaría mas imponente hacia los valles. Luego cierra el horizonte como si fuese la última cúspide de aquella cadena que oculta su misma mole, y que huye hacia los Pirineos dominando picos y agujas, y se vé echado como un oso blanco sobre los témpanos de hielo en los mares polares, al hermano de Chimborazo y de Imaüs, al rey de las montañas de Europa, al Mont-Blanc, última grada de la escalera

guía.—Es que no estamos mas que á la mitad del camino de Martigny á Chamuny.

—No estoy cansado.

—Es que hay cuatro horas.

—Tres y media.

—Es que todavía tenemos que hacer cinco leguas y no quedan mas que tres horas de día.

—Haremos las otras dos de noche.

—Es que vd. se pierde un hermoso paisaje.

—Tambien me gano una buena cena y una blanda cama. Vamos adelante.

Mi guía, que habia agotado sus mejores argumentos, me hizo gracia de los demas, y emprendió el camino suspirando. Todo lo que pude ver mientras la luz del día dejó distinguir los objetos, no fueron mas que detalles del gran cuadro que tanto me habia sorprendido en su plenitud, detalles maravillosos para quien los ve, pero cansados me parece, para aquel á quien yo quisiese pintárselos. Por otra parte, segun el plan de estas *Impresiones*, si es que estas *Impresiones* tienen un plan, mas bien debo hablar de los hombres que de los lugares.

Cuando llegamos á Chamuny era ya de noche, y habíamos hecho nueve leguas del país, que sin exageracion equivalen á doce ó catorce de Francia; así, pues, la jornada habia sido buena. Por eso mismo, ya no me ocupé mas que de tres cosas, que recomendando á todos los que quieran hacer el viage que yo hice.

La primera, tomar un baño.

La segunda, cenar.

La tercera, hacer que llegue á quien va dirigida, una carta de convite con este sobre:

Al señor Jaime Balmat, llamado Mont-Blanc.

Ahora desde mi cama, voy á decir en dos palabras á mis lectores quién es ese Jaime Balmat, apellidado Mont-Blanc, si es que no ha llegado á su noticia su celebridad.

Jacobo Balmat es el Cristóbal Colon de Chamuny.

Estractado de las Impresiones de viages de

A. DUMAS.

APUNTES DE UN DIARIO DE MIS VIAGES POR ITALIA.

Los benedictinos de San Nicolás el Viejo.

La noche del 8 de julio de 1842 hallábame sentado en uno de los bancos de popa del vapor *Francisco I.*, que saliendo de Marsella, recorre las costas de Francia é Italia hasta Mesina y Palermo.

Ocupaban mi mente ideas bien tristes por cierto, puesto que me había despedido de mi cara patria dirigiéndome á la India; y á cada vuelta de las ruedas del buque, se oprimía mi corazón al pensar que quizá no volvería nunca á pisar mi país natal, al cual dejaba aniquilado á resultas de una larga guerra civil recién finalizada, y con otra no menos cruel en perspectiva.

Tan absorto me hallaba, que no percibí á otro pasajero, que en pie derecho junto á mí, aspiraba con delicia la suave brisa que besando los aromáticos jardines de Sicilia, nos traía en sus diáfanos pliegues mil átomos olorosos, refrescando nuestro ardoroso semblante tostado por el sol meridional.

—¡Etna! ¡Etna! ¡Yo te saludo, antorcha de Sicilia: faro benéfico, que de lejos me muestras la patria en que á esta hora descansan los objetos mas queridos de mi corazón!!!

Esta exclamación repentina del extranjero me despertó, por decirlo así, del estado de melancólica somnolencia en que me hallaba sumergido.

Fijé mi vista en él, y observé que gruesas lágrimas se desprendían de sus párpados, y que con los brazos estendidos hacia adelante parecía querer abrazar un objeto lejano.

Entonces divisé á través de las sombras de la noche, una columna de humo que subía en línea recta hacia el firmamento.

La noche era magnífica: una noche de Italia.

El azul mate de un inmenso horizonte, sembrado todo él de millones de rutilantes estrellas, y que como un magnífico é incommensurable dosel cubría nuestras cabezas, embellecía mas y mas aquel tranquilo y silencioso panorama.

El mar se veía rizado por la brisa, reflejando en sus mil cambiantes prismas el brillo de las estrellas, y rasgábase á veces su superficie al esfuerzo de los enroscados lomos de juguetones delfines que bufaban de placer.

Figurábase asistiendo al nacimiento de Venus ó á los desposorios de Anfitrite, que paseaba el mar Tirreno muellemente recostada en nacarada concha, arrullada por el dulce canto de las sirenas y por el bullicioso y voluptuoso juego de tritones y nereidas.

A nuestra izquierda divisábanse en confusa oscuridad las costas de Italia; á nuestro frente el faro de Mesina, como un centinela avanzado, dispuesto á defender la entrada del canal de Sicilia; algo inclinado á la derecha el monte Etna, con su cima humeante y cubierta de rojo y siniestro resplandor; y allá... muy lejos, fuera del alcance de los anteojos de noche... Malta la célebre, baluarte cristiano, sagrado recinto guardado por aquellos famosos caballeros, terror de los califas egipcios y de las huestes de los Soldanes.

Al acercarse á sus murallas, el viajero divisó el rojo uniforme inglés en vez de la brillante armadura de sus antiguos guerreros.

El extranjero proseguía en sus exclamaciones, que denotaban la alegría que experimentaba al acercarse á su patria, y á veces le oía murmurar algunos cantares nacionales, vagos recuerdos de Bellini.

Acerquéme á él, y deseoso de trabar conocimiento con aquel hombre, que como yo, prefería el aire libre al sofocante calor de un camarote, le saludé. El extranjero me correspondió cortesmente, y entablamos el diálogo siguiente:

—Paréceme, caballero, que os causa sumo placer este viaje.

—No os engañais, señor, me contestó con la amabilidad característica del italiano. Voy á ver dentro de tres horas á mis amigos, á mis parientes, y á respirar después de seis años de ausencia, los aires puros de mi patria.

—Os doy por ello mi sincero parabien, y ojalá pueda yo algun día decir otro tanto.

—¿Viajais por curiosidad, caballero? me preguntó fijando en mí sus ojos negros como el azabache.

—De todo hay en mi viaje, le contesté con tristeza.

—Dispensadme tan indiscreta pregunta: creí que fueseis uno de los muchos curiosos que vienen á visitar este país, tan rico en grandes recuerdos, y si así fuere, creo que podré serviros de mucho. La vista de mi patria me ha causado tal alegría, que quisiera comunicársela á todos los demas.

Semejante franqueza me movió á declararle el objeto de mi viaje, y las tristes causas que lo habían motivado.

—¡Ay amigo mio! exclamó: á vuestra vista teneis otra víctima de los partidos políticos, en que está dividida mi patria lo mismo que la vuestra. También en Sicilia hemos tenido patibulos y destierros. Por ahora felizmente, parece que disfrutamos de alguna tranquilidad, y vuelvo á mi país á gozar de ella.

El siciliano, á instancias mías, me hizo una breve, pero verdadera reseña, de todas las costas á cuya vis-

ta habíamos navegado durante el día, y mostrándome de nuevo la negra columna de humo, me dijo:

—¡Ah! teneis el famoso volcan del monte Etna; mañana, si gustais, tendré el placer de acompañaros á su cráter: espectáculo es aquel, que no se ofrece con frecuencia al viajero, y os aseguro que nada perderéis en presenciarlo. ¿Veis aquel punto blanquizco que se divisa á la falda meridional de la montaña? Aquella es Catania la bella, mi adorada patria, cuna de Bellini, del inmortal Bellini, cuyas dulces melodías forman las delicias de la Europa; murió como mueren todos los genios; flor delicada que se apresura á esparcir sus aromas, y que se agosta á impulso de un esfuerzo supremo. ¡Catania! ¡Catania! prosiguió entusiasmado; ciudad de palacios y jardines; ciudad en que el soplo espirante del *simoun* viene á mezclarse con las brisas de la Calabria, templando la atmósfera y vivificando las flores con su caliente alito. ¿Veis aquella aguja que se eleva sobre la ciudad, y que brilla reflejando el rojo resplandor del volcan? Aquella es la famosa iglesia de San Nicolás el Nuevo, cuyos religiosos viven como príncipes, en vez de pasar su vida en penitencia y soledad, como su regla lo prescribe. ¡Ah! añadió interrumpiendo su narración, que yo escuchaba con sumo placer. Tal vez os estoy incomodando con mi charla, mientras vos deseais dormir algunas horas.

—Nada de eso, amigo mio; antes al contrario me complace en haber encontrado un *cicerone* tan complaciente. Además, á mí me agrada en extremo presenciar la salida del sol, y aquella línea amarillenta que diviso en el Oriente, me hace creer que no debe retardarse mucho su aparición.

—Veo que congeniamos, y ya que aun tenemos que esperar algun rato á que nos visite Febo, os contaré un acontecimiento á que dió lugar la traslación de los frailes benedictinos del convento de San Nicolás el Viejo al que ahora ocupan.

—Yo os doy gracias por vuestra complacencia; y si me permitís, tomaré algunas notas en mi libro de apuntes, aquí, junto al farol del timonel.

—Estoy á vuestras órdenes, señor mio.

—Cuando gustéis, amigo, dije preparándome á escribir.

—Sentémonos pues y escuchadme.

El convento de San Nicolás, el mas rico de Catania, y cuya cúpula divisais desde aquí, fué construido á mediados del siglo pasado.

La iglesia y el jardín son dignos de visitarse; la iglesia por sus columnas de mármol verde y por el magnífico órgano, obra de un fraile calabrés, que por toda remuneración no exigió mas que el ser enterrado bajo su obra maestra; el jardín por los obstáculos que han sido necesario vencer, puesto que siendo su suelo de lava, la tierra que lo cubre ha sido conducida en hombros.

La regla del convento de San Nicolás era rígida en otro tiempo: los frailes debían habitar sobre el Etna en los límites de las tierras habitables y por esto su primer monasterio fué construido á la entrada de la segunda region, tres cuartos de milla mas arriba de Nicolossi, último pueblo que se encuentra subiendo al cráter. Pero como todo se debilita á la larga, la regla perdió poco á poco su rigor primitivo, y suspendiéronse las obras que servían para reparar las ruinas del convento y sus numerosas grietas.

Habiéndose á consecuencia de esto hundido las techumbres del refectorio y sala de capitulos, los frailes cansados de vivir en aquella soledad, hicieron construir la magnífica iglesia de Catania, que tomó el nombre de San Nicolás el Nuevo, para distinguirse de la otra, que fué conocida en lo sucesivo con el de San Nicolás el Viejo ó *San Nicolo sull' Etna*. Durante algunos años los frailes emigraban al antiguo convento á pasar en él los rigurosos calores del estío. Después se fué abandonando poco á poco el monasterio en cuestión, se pasaron algunos veranos sin que los frailes saliesen de Catania, y al fin lo abandonaron del todo, no sin hacer correr la voz de que iban á emprender algunas obras para repararlo, de lo cual se guardaron muy bien.

En fin, una cuadrilla de ladrones, gente mas fácil de contentarse que los frailes, tocante á comodidades, fijó en él su residencia, y ya no se trató de volver al monasterio, por la sencilla razon de que los frailes, que no querían cuestiones con semejantes huéspedes, les dejaron gozar tranquilamente del convento.

Este cambio de habitación dió lugar á un *quid pro quo* bastante curioso.

En 1806, el conde de Weder, alemán castizo como su nombre lo indica, salió de Viena con ánimo de visitar la Sicilia. Embarcóse en Trieste, tomó tierra en Ancona, se dirigió á Roma, detúvose allí como en Nápoles para procurarse algunas cartas de recomendación, se hizo de nuevo á la mar y desembarcó finalmente en Catania.

El conde de Weder sabia de muchos años atrás la existencia del convento de San Nicolás y la reputación de que gozaban los frailes de poseer entre sus hermanos sirvientes el mejor cocinero de toda la Sicilia. El buen conde, que era un gastrónomo de marca mayor, no se habia olvidado de pedir á un cardenal, que comió con él en casa del embajador de Austria en Roma, una carta de recomendación para el superior del convento de San Nicolás. La carta era obligatoria, se recomendaba en ella al conde como á un anciano y fervoroso peregrino, y se solicitaba para él la mas cordial hospitalidad mientras durase su permanencia en el monasterio.

El conde era sabio á la manera que lo son algunos alemanes; es decir, que habia leído una porción de libros viejos; de modo que con la ayuda de sus aserciones, por erróneas y ridículas que fuesen, podía citar cierto número de nombres desconocidos, que lo daba un tinte de magestad pedantesca á sus paradojas.

Entre sus libros viejos habia uno que contenia el catálogo de todos los conventos de benedictinos que existían en el globo, y habia leído y retenido con la tenacidad propia de los del otro lado del Rhin, que la regla de los benedictinos de San Nicolás de Catania les obligaba, como llevo dicho, á habitar entre el último límite de la *regione coltivata* y la primera de la *regione nemerosa*.

Así es que cuando hizo venir á un muletero para que lo condujese á San Nicolás, y cuando aquel le preguntó si queria ir al Nuevo ó al Viejo, el conde respondió sin titubear.

—A *San Nicolo sull' Etna*.

Esto era cuanto el buen conde sabia en italiano. No era, pues, dudosa la determinación, puesto que la respuesta era perentoria. el muletero, sin embargo, aventuró algunas observaciones; pero el conde le cerraba la boca diciendo:

—Yo os pagaré bien.

Nadie ignora el poder de semejante argumento: el mozo de mulas saludó al conde, y media hora después volvió con sus cabalgaduras.

—¿Marchamos? dijo el conde.

—Cuando gustéis, excelencia.

Y los dos viajeros se pusieron en marcha.

A poco tiempo sobrevino la noche: no era tiempo de luna y la oscuridad era tal, que apenas se divisaban los objetos á cuatro pasos de distancia; pero como el mozo de mulas conocia perfectamente el camino, no corrían riesgo alguno de perderse.

Dirigióse por un sendero apenas perceptible y que se separaba á la derecha del camino real. Un cuarto de hora después entró en la region de los bosques, dejando atrás la region cultivada. Al cabo de otra hora de penosa marcha, vieron dibujarse en el oscuro horizonte una masa negra é informe.

—Ya estamos en San Nicolás el Viejo, dijo el mozo de mulas en voz baja.

—¡Oh! ¡oh! Hé aquí un convento situado en un país nada agradable.

—Si gustais, replicó vivamente el guia, podemos volver á Nicolossi, y si quereis dormir en la posada, ahí esta la casa del señor Gamellaro que os cobijará.

—No lo conozco. Por otra parte lo que yo deseo es dormir en San Nicolás y no en Nicolossi.

—*Cerevello di tedesco*: murmuró el Siciliano poniéndose en marcha.

Cinco minutos después se encontraban á la puerta del convento.

Era este una antigua mole del siglo XII, cuyas negruzcas piedras mostraban señales nada equivocadas de las averías que el tiempo y las diferentes guerras que desde su construcción habian presenciado, dejaban á su paso.

Veíase estampada en sus muros la fecha de todos los incendios y temblores de tierra que habia sufrido. Cada grieta de sus sillares, cada ruina de sus robustas paredes era un testimonio viviente de los sitios sangrientos que en sus tiempos primitivos hubo de sufrir.

Era fácil advertir, á pesar de la oscuridad, que una parte del edificio amenazaba arruinarse. Sin embargo, las murallas que circunian el edificio y los torreoncillos que de distancia en distancia se destacaban sobre un cielo azul oscuro sembrado de estrellas, se conservaban en buen estado. Algunas troneras practicadas con arte en toda la longitud del muro, daban á San Nicolás el Viejo un aspecto de fortaleza antigua mas bien que de monasterio.

El conde miró todo esto con la mayor indiferencia, y mandó al mozo de mulas que llamase á la puerta. Este, que ya habia tomado su partido, levantó un viejo aldabon de hierro cubierto de orin, y lo dejó caer con toda su fuerza.

El golpe resonó en las concavidades del convento, y una campana de siniestro sonido contestó al aldabonazo. Casi al mismo tiempo se abrió una ventana pequeña, abierta á diez pies de elevación; salió por ella un largo tubo de hierro que se dirigió al pecho del conde; asomó á la abertura una cabeza barbuda y una voz que nada tenia de monacal, preguntó:

—¿Quién vive?

—Amigo: respondió el conde, separando con la mano el cañon del fusil.

Al mismo tiempo se le figuró que por el ventanillo se escapaba un olor á asado que le regocijó el alma.

—¡Amigo! ¡buen amigo! dijo el hombre de la ventana, ¿y quién sale garante de que sois amigo?

Y volvió á colocar el cañon en la dirección de antes.

—Mi querido padre, contestó el conde separando con la misma sangre fría que la primera vez el arma que le amenazaba, yo comprendo muy bien que tomeis vuestras precauciones antes de recibir á los extranjeros, y yo haria otro tanto en vuestro lugar; pero soy portador de una carta del cardenal Morosini para vuestro general.

—¿Para nuestro capitán? preguntó el hombre del fusil.

—No, no: para vuestro general.

—En fin, eso poco importa. ¿Estais absolutamente solo?

—Ya lo veis.

IV.

Separándonos por un momento de la Siberia, vamos á ocuparnos del reinado de Ivan IV, Basiliowitch, llamado el Cruel, por ser uno de los déspotas mas sanguinarios que han ultrajado á la humanidad.

Al morir Basilio IV tuvo la Rusia por segunda vez una regencia, que, como cuantas nos presenta la historia, fué causa de guerras y desastres. La viuda de Basilio, era de Lituania, y por consecuencia enemiga de los verdaderos rusos: sus costumbres ó mas bien sus escesos, y sus escandalosos amores con Ortechina, que formaba parte del consejo de regencia, empezaron á indisponerla con sus vasallos, que deseaban con ansia la mayor edad del jóven heredero de la corona.

Elena, cuyos desórdenes no conocian límites, se exasperaba mas con el tranquilo descontento de los rusos: y ciega en su despecho, no repara en sumergir á un tio suyo en un calabozo, donde espira, por haberla representado sobre su conducta: otros tios fueron tambien cargados de cadenas. Adoptado este sistema por la régia viuda, cualquiera que inspirara la mas ligera inquietud á su favorito era desterrado. Trastornadas las leyes del reino y vendida la justicia, no habia otra ley que los caprichos de Elena y su amante.

Cansados al fin los rusos de tanta humillacion, se conciertan algunos jugando sus vidas, y envenenan á la regente, que desciende al sepulcro en la flor de su edad, sucediéndole á poco el favorito que perece de hambre encerrado en un calabozo.

Basilio Chouiski ayudado por la opinion pública, se apodera del príncipe, pone en libertad á sus hermanos Juan y Andrés: se anudan nuevas alianzas de familia; pero vuelven las disensiones, se apodera Juan Chouiski del poder, pasa en breve á las manos de Juan Belsky, y este es degollado por su antecesor.

Ivan IV cumple en tanto 18 años: se conspira con su aprobacion para destruir el poder de los Chouiskis y hace sea devorado Andrés por los perros de su jauria.

Los Glinkys se elevan entonces al poder, destruyen á sus enemigos y agotan todos los recursos del estado.

A la vista de tales ejemplos se educaba el que habia de ocupar el trono de los Wladimirov. Cásase en 1547 con Anastasia que pertenecía á una familia de boyardos, y no obstante su nuevo estado continua en las disipaciones en que habia vivido desde niño, merced á las lecciones que hasta de su misma madre recibió.

Tan bárbaro en sus costumbres como inhumano en sus diversiones, se le veia gozar cuando lanzaba en las calles sobre los niños y las mugeres su caballo á galope.

Tres incendios que tuvieron lugar por este tiempo en Moscou, cuyas casas eran de madera, y la reduccion á cenizas de la ciudadela de Kremlin, bastaron para alarmar á unas gentes fanáticas á quienes se hizo creer que tales catástrofes eran la natural consecuencia de cierta clase de sortilegios de los que se culpaba á los Glinky, añadiendo el pueblo, á quien se habia convocado para interrogarle, que, «la princesa Ana, su madre, habia arrancado el corazón de los muertos y recorriendo las calles de Moscou las habia salpicado con sangre.»

Atribuida á esto la causa de los tres incendios, y dándole el crédito que concede siempre un pueblo ignorante y supersticioso á lo que no comprende, fué muerto uno de los Glinkys, y entregados al furor popular los partidarios de esta desgraciada familia.

Huye Ivan IV con su muger; es reconvenido por un religioso en su destierro, le culpa de las desgracias del reino, y hace que se arrepienta de sus escesos y forme propósito de obrar como verdadero cristiano. Sirvele de consejero Silvestre, que habia efectuado en él tan laudable trasformacion; se une este monge con Adaskef, favorito del príncipe, y asociándose á ellos la reina Anastasia, comienza para la Rusia una nueva era de felicidad, merced á los religiosos consejos de Silvestre. Terminan las violencias, dulcificanse las costumbres, imperan las leyes, y empieza á florecer el reino. Créase entonces la milicia, que tanta celebridad adquirió despues, denominada de los strelices: llaman á los mejores artistas de Europa; piden á Carlos I de España 120, elegidos; establécense la primera imprenta; fúndase á Arcangel, y se abren al comercio de Europa los principales puertos del Norte.

Consecuente Ivan IV en gobernar segun los principios que prometiera, convoca en Moscou á todos los diputados de las ciudades y se ratifica en su promesa de reinar como padre, y mandar con sujecion á las leyes, de las cuales publica á poco un código, que podia en muchas de sus prescripciones pasar hoy por republicano, pues establecia en él el jurado, ese único tribunal legítimo del hombre.

Va mas adelante Ivan en sus beneficios: conoce la necesidad de la ilustracion, y multiplica las escuelas públicas; protege las artes, y las letras, pensiona á los sábios, á los artesanos, fomenta los estudios teológicos, y el imperio ruso entraba en su edad de oro: pero por desgracia de esta nacion, solo duró trece años esta felicidad.

Con motivo de la herencia de la corona, empiezan á suscitarse divisiones entre los nobles, querellas entre el pueblo, y aunque Ivan las apacigua como un padre puede tranquilizar á sus inquietos hijos, los consejos que recibió el monarca del ex-obispo de Kolumna, cuando fué de peregrino al monasterio de San

Cirilo, le hicieron variar su carácter bondadoso, des-pertando su orgullo de hombre y de czar.

Gobernad vos mismo, le decia, y gobernad solo.

Dad consejos; mas no los recibais.

Mandad siempre y no obedezcais.

No olvideis que el mas modesto de los consejeros de un príncipe acaba por dominarle.

Ivan le respondió:

«Mi mismo padre no habria podido darme mejor consejo.»

Inquieta la imaginacion de Ivan con tan perniciosos avisos, vuelve de su peregrinacion, halla el reino en la tranquila felicidad en que le dejara encomendado á Silvestre y á Adaskef, continúa dispensándoles su confianza, y esta dicha que todos disfrutaban, termina con la vida de Anastasia el 7 de agosto de 1561.

La naturaleza de Ivan IV cambia totalmente desde este día. O el profundo sentimiento de la muerte de su esposa, endureció del modo mas horrible su corazón, ó la bondad de aquella reina contenia la violencia de su marido.

No sabemos cual de estas conclusiones admitir. Hay poquísimos ejemplos de que, quien haya poseído un alma generosa, noble, sentimientos de justicia, de humanidad, de religion, se haya entregado despues como una fiera á destrozar con sus mismas manos á sus semejantes, que ni son sus enemigos ni sus émulo.

Pero dejemos aclarar la historia estas consideraciones: observemos los crueles instintos que tuvo Ivan en su juventud, que cambiaron solo por los sanos consejos de un monge, que los continuaba sosteniendo una muger á quien amaba, y podremos comprender que su crueldad estaba mitigada, mas no habia desaparecido.

Acordándose de las irreligiosas máximas del de Kolumna, rompió el dique de sus mal comprimidas pasiones brutales, comenzando por la muerte de Silvestre y Adaskef, á quienes tanta ventura debian el y el reino. Los parientes del último cayeron tambien bajo el hacha del verdugo. La misma mano de Ivan inmola al príncipe Demetrio.

Imponiendo por el terror á sus vasallos, sabia li-songearlos alguna vez, ora con benéficas leyes, ora convocándolos en un congreso donde se contaron trescientos treinta y nueve diputados eclesiásticos, nobles, mercaderes y pecheros. Envanecidos todos con esta especie de deferencia que les rendia el soberano, se aprovechó este de su poder para dominar completamente á todas las clases del estado que se entregaron como víctimas en holocausto del tirano.

Este, siguiendo el ejemplo de todos, se retiró á la soledad de Alejandrowsky, que rodeó de fosos y murallas, se entregó con fanatismo á las prácticas religiosas, y no admitia en su fortaleza sino á los denunciadores, á los cuales seguia siempre el verdugo.

El pueblo ruso, abyecto y sin una idea de su dignidad, acataba y bendecía en tanto á su tirano. Trató de abdicar, y las últimas clases de la sociedad, á quienes siempre han halagado los déspotas, levantaron sus gritos al cielo exclamando: «¿Quién podrá defendernos en adelante?»

Tambien el clero y los grandes, fuera por temor al pueblo, ó por servilismo, gritaban:

Que su czar tenia sobre ellos un derecho de vida y de muerte imprescriptible: que les castigase á su placer, pero que el estado no podia existir sin señor. Que Ivan era su soberano legítimo, aquel que Dios les habia dado, el jefe de la iglesia. Sin él ¿quién conservaria la pureza de la religion? ¿quién salvaria millones de almas de la eterna condenacion?

Y todos le ofrecen sus cabezas, todos le ruegan, le lloran, y él corre á Moscou á presenciar la humillacion de su pueblo.

«Hacia un mes que no se le veia y era imposible reconocerle, dicen los historiadores rusos; grande y robusto su cuerpo: ancho el pecho; altas y encorbadadas las espaldas; su cabeza cubierta antes de espesa cabellera, estaba calva: los restos raros y salpicados de una barba que poco hacia formaba el adorno de su cara, le desfiguraban, sus ojos estaban apagados, y sus facciones llenas de una ferocidad espantosa, eran deformes.»

«En Moscou, vuelve á aislarse en una fortaleza. Entonces manda que se coja á todos los habitantes de las calles que se aproximaban á su guardia, para inmolálos.» Consiente en seguir reinando, y lo hace en verdad como señor de vidas y haciendas, dejándose sentir en todas partes el abrumador peso de su omnimoda autoridad.

A. P.

(Se continuará.)

APUNTES SOBRE LAS CRUZADAS.

Acontecimientos que precedieron á la primera cruzada.—Pedro el Ermitaño —Concilio de Plasencia y de Clermont.

La gloria de libertar á Jerusalem estaba reservada á un simple peregrino, sin otro poder que la energía de su carácter y su gran genio. Pedro el Ermitaño, vástago de una familia noble de Picardía, manifestó desde sus primeros años una particular aversion á las cosas mundanas, y no queriendo ni aun el trato de

—Pues esperad; voy á abriros.
—¡Caramba! ¡qué buen olor á asado! dijo el alemán apeándose de la mula.
—¡Escelencia! preguntó el guia que ya habia des-cargado el bagage del conde, ¿supongo que ya no me necesitais?

—Pues qué ¿no quieréis entrar conmigo?
—No; prefiero ir á dormir á otra parte.
—¿Haz lo que gustes; no te necesito.
—¿Queréis que vuelva á buscaros?
—No es menester: el general me dará lo necesario para volver.
—Muy bien: en ese caso, adios, excelencia.
—Adios.

En este instante la llave empezó á moverse en la cerradura; el guia se santiguó, montó en una de las mulas, cogió la otra del diestro y se marchó al trote largo. Estaria á mas de cien pasos de distancia cuando la puerta se abrió....

Pero lo que sucedió despues es asunto que merece capítulo aparte. Asi lo hemos creído y por esto aplazamos al lector para que vea la conclusion de esta aventura en el número inmediato.

JOSÉ M. DE GOIZUETA.

(Se continuará.)

SEMANA HISTORICA.

OBSERVACIONES HISTORICAS SOBRE LA RUSIA.

(Continuacion)

III.

Durante la invasion de los tártaros, fué fundada la ciudad de Sibir en 1242, la cual dió el nombre á toda la estensísima comarca que conocemos por la Siberia.

Siendo las pieles el principal producto de este pais, un negociante de Arcangel, llamado Anika Strogonof, estableció á mediados del siglo XVI su comercio, que le produjo inmensas riquezas, con las cuales adquirió tierras, fundó colonias, y comenzó á organizar la poblacion que establecia. Creció el comercio á la par de las colonias, y el czar en 1538 tomó el título de señor de la Siberia, considerando podia serlo de un pais que adquiria tal importancia.

Esta parte de la Rusia, abunda en minas riquísimas de oro y plata, que aunque conocidas de muy antiguo, no eran explotadas como lo son ahora.

«Los ostiakos de Oby, dice Cantú, que entre los pueblos de la Siberia fueron los primeros conocidos de los rusos, se cubren con pieles de nutria, y se alimentan en caso de necesidad con la carne de este animal: pedazos de piel de renífero les sirven de calzado. Las mugeres, casi desnudas, llevan pieles abiertas por delante: sus trenzas caen sobre las espaldas, que adornan mucho las ricas, y cuelgan tambien de sus orejas pequeños pedazos de cristal de color. Pero tienen particular gusto en pintarse el antebrazo y la muñeca. Viven de la pesca, y por esto es por lo que trasportan en el verano sus muebles tiendas á los lugares donde es abundante, para volver en el invierno á sus cabañas, en las que varias familias viven juntas, y se calientan en el mismo hogar. Participan de todos los trabajos las mugeres, con quienes los hombres no usan de dulzura, ni en los actos ni en las palabras. Cada uno puede tener cuantas mugeres quiera. Se casan con la viuda de su padre, con su suegra y con la suya; pero no toman esposas en su propia familia. El ostiak que quiere una muger paga al padre de la futura la mitad del precio que ha fijado: si pasada la primera noche, el marido se declara contento, hace un regalo de pieles de renífero á su suegra, que corta pequeños pedazos aquella en que se han acostado los esposos, para esparcirlos triunfalmente. Si por el contrario, no está satisfecho, su suegra debe regalarle un renífero. Cuando ha pagado enteramente el dote estipulado, lleva consigo á su muger á su casa. Si no puede resistir á sus malos tratamientos, se refugia en casa de su padre, que restituye el dote y la casa con el dote.»

La Siberia, teatro de algunas guerras en que se disputaba su conquista, la consiguieron al fin los rusos, arrojando de ella á los tártaros, que avasallaban esa inmensa region que ocupa el Norte de la Europa y del Asia bajo el polo ártico.

Los progresos que ya en el siglo XVII iba haciendo la poblacion siberiana, en su rústico comercio, dió margen á guerras con los chinos, que concluyeron con negociaciones que señalaron los límites de ambos imperios, quedando por el celeste la navegacion del rio Amur, causa de la lucha. Juran recíproca amistad los dos pueblos, estrechando cada dia mas sus relaciones comerciales; pero abusaron de ellas los rusos y se les prohibió la entrada en Pekin, escepto á una caravana que no pasando de doscientos viajeros, podria cada tres años dirigirse á la capital del imperio chino, edificar allí una iglesia, y enviar estudiantes para aprender la lengua.

los hombres, se retiró de la sociedad y abrazó con gusto especial la vida austera del cenobita, y el ayuno, el rezo, la meditacion y el silencio de la soledad inflamaron su piadosa imaginacion, inspirándole el fervor de un apóstol y la valerosa animacion de un mártir; por eso cuando hablaba el celo que le consumia daba vigor á sus palabras y á sus gestos, transmitiendo á sus oyentes el mismo valor que él demostraba. Nadie resistia al poder de su elocuencia, todos querian imitar su ejemplo. Tal fué el hombre extraordinario que dió la señal de las cruzadas, y que sin riquezas y sin renombre, sin otro ascendiente que el de la virtud, logró balancear el Occidente para precipitarle en el Asia.

Pedro, como otros muchos, habia emprendido el peregrinaje á Jerusalem; pero cuando vió la tristeza y la profunda humillacion que desolaban á los cristianos de Oriente, su desesperacion y su piadoso entusiasmo no conocieron límites; y para confirmar mejor todavia la generosa resolucion que alimentaba en su seno, un día que se hallaba prostrado delante del Santo Sepulcro, oyó una voz celeste que le dijo: «Levántate, Pedro; corre y anuncia las tribulaciones de mi pueblo; ya es tiempo de que nuestros servidores sean socorridos y libertados los santos lugares.» Y Pedro se levantó y partió no sin despedirse antes del santo patriarca de Jerusalem. Llevó sus cartas y sus instrucciones, y corrió á echarse de rodillas á los pies del papa Urbano II, el cual le recibió como á un profeta, acogió benévolo sus proyectos, encargándole que anunciara la próxima libertad de Jerusalem.

El ermitaño atravesó en su consecuencia la Italia, pasó los Alpes, recorrió la Francia y la mayor parte de Europa transmitiendo á todos los corazones el mismo celo que á él le devoraba: viajaba montado sobre una mula, con un crucifijo en la mano, descalzo, con la cabeza descubierta, con un cordel atado á la cintura y cubierto con un sayal de paño burdo. Iba de ciudad en ciudad, de provincia en provincia, implorando el valor de los unos, la piedad de los otros, y la creencia y adhesion de todos; lo mismo se mostraba en el púlpito de las iglesias que predicaba en los caminos y en las plazas públicas. Su elocuencia era ardiente y embellecida con aquellos apóstrofes que tanto seducen y arrastran á la multitud. La austeridad de sus costumbres, su caridad, y la moral que predicaba contribuía sobremedera á que le venerasen como á un santo: por todas partes el predicador de la guerra santa era recibido como un enviado de Dios, creyéndose dichosos con solo tocar sus vestidos, y conservando algunos pedazos de ellos como preciosas reliquias: á su voz se apaciguaban las diferencias en las familias, se socorrian los pobres, y la disipacion se avergonzaba con sus escesos; no hablándose de otra cosa mas que de las virtudes del elocuente cenobita; se reconocian su austeridad y sus milagros, y se repetian sus discursos á todos aquellos que no habian tenido el consuelo de escucharle: por este medio el

te, los turcos proseguian sus conquistas hasta el Asia Menor, y se acampaban ya en las puertas de Constantinopla. El emperador griego Alejo Comneno envió, pues, á toda prisa embajadores al papa, solici-

Para corresponder á los ruegos de Alejo y á los votos de los fieles escitados por Pedro el Ermitaño, el soberano pontífice convocó en Plasencia un concilio á fin de esponer allí el peligro comun de Constantinopla y Jerusalem, y á tal extremo llegó el ardor de los ánimos, que mas de doscientos obispos, cuatro mil eclesiásticos y treinta mil seglares obedecieron á la convocacion de la Santa Sede; fué el concilio tan numeroso, que tuvo precision de reunirse en una llanura inmediata á la ciudad; pero como fué necesario juzgar ante todas cosas una multitud de causas relativas á la disciplina eclesiástica y á la moral cristiana, el concilio de Plasencia se separó sin haber tomado ninguna determinacion acerca de la guerra contra los infieles.

En fin, para tomar un partido decisivo en este grave asunto, y para interesar mejor á todos los pueblos en su éxito, el papa Urbano resolvió reunir al instante un segundo concilio en el seno de una nacion belicosa y desde aquellos tiempos remotos acostumbrada á dar impulso á la Europa. El nuevo concilio convocado en Clermont, en Auvornia, no fué ni menos numeroso ni menos respetable que el de Plasencia; los santos y los doctores mas famosos acudieron á honrarle con su presencia y con sus ilustrados consejos. Antes de ocuparse de la guerra santa, el concilio dirigió primeramente su atencion sobre la licencia de las guerras entre particulares, y consiguió á fuerza de firmeza establecer la bella institucion de la Tregua de Dios, que fué el comienzo de la paz general en Europa.

Por último, en la décima sesion del concilio que se verificó en la gran plaza de Clermont, el papa, rodeado de sus cardenales, apareció sobre su trono con todo el aparato de la magestad pontifical, y Pedro el Ermitaño, ciñendo su sencillo traje de ruda tela, estaba de pie sobre una de las gradas, desde donde levantó la voz en medio del solemne silencio de la asamblea, y manifestó las profanaciones y los sacrilegios de que habia sido testigo; los tormentos y las persecuciones que un pueblo, enemigo de Dios y de los hombres, hacia sufrir á aquellos que iban á visitar los santos lugares: habia visto cristianos cargados de hierro, sumergidos en la mas odiosa esclavitud, enganchados á un yugo como los mas viles animales-



Juicio de Dios.

tando el auxilio de los latinos, escribiéndole que la invasion de los turcos era segun su dictamen la mayor desgracia que podia temer el gefe de una soberania cristiana; le indicaba que provocaria con todos sus esfuerzos la terminacion del cisma que separaba á la iglesia griega de la iglesia romana, y que preferia mejor, si le fuese preciso, abandonar su corona á cualquier príncipe católico, que ver sus estados sometidos á los musulmanes; promesas perdidas y engañosas que no tenian otro motivo que la ambicion personal y que desmintieron muy pronto las arterias de los griegos, cuando el ejército de los cruzados apareció en las márgenes del Helesponto. A pesar de los eminentes servicios de los latinos y de la solemnidad de la fé jurada, el cisma continuó reinando con mas obstinacion que nunca, y entonces se vió un ejemplo memorable de aquella verdad que los siglos vinieron á confirmar en seguida, que es mas dificil atraer á los dogmas de la iglesia católica á los cristianos sumergidos en la heregia y en el cisma, que á los infieles y á los



Godofredo arengando á los cruzados.



Preliminares para la conquista del Santo Sepulcro.

Señor esparcía sobre su servidor un reflejo de aquella virtud divina y de aquel poder sobrenatural que habia concedido á los primeros apóstoles cuando les encargó la espinosa tarea de convertir al mundo.

Al mismo tiempo que las grandes expediciones cristianas se preparaban insensiblemente en el Occiden-

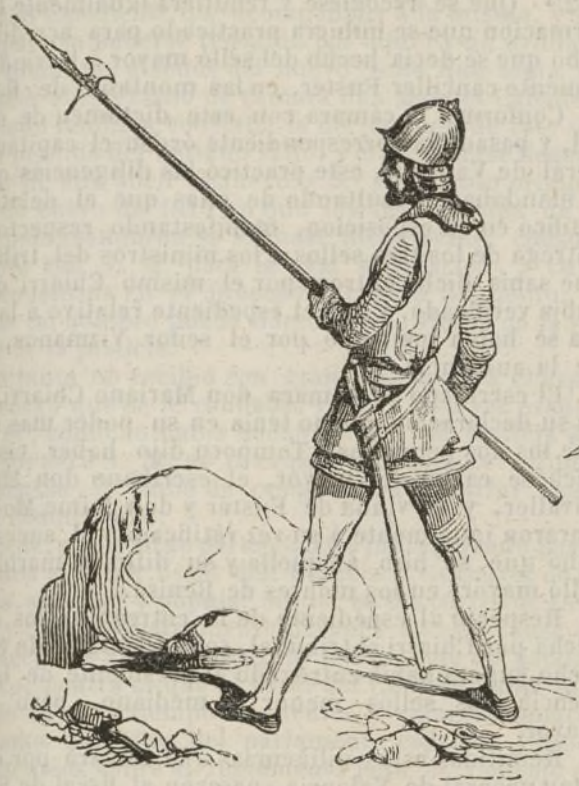
paganos, del mismo modo que la palabra de Dios resuena mejor y encuentra menos obstáculos en el corazon de los impios, que en el corazon de los cristianos negligentes que se contentan con débiles apariencias y viven en medio del error y la preocupacion.

habia visto á los opresores de Jerusalem vender á los hijos del Señor el permiso de saludar la tumba de su Dios, quitarles hasta el pan de la miseria y atormentar á la misma pobreza para sacar de ella los mas onerosos tributos; habia visto á los ministros de Dios arrancados del santuario y condenados á una muerte

cruel é ignominiosa. El Ermitaño tenía el rostro abatido y consternado; su voz, entrecortada con los so-

del santuario han sido arrebatados como cautivos. ¿Qué mas puedo deciros? En medio de tantos males,

pas, que han armado la cólera divina; lloremos; pero que nuestras lágrimas no sean como la semilla arro-



Caballeros cruzados.

llozos y viva emocion, penetraba en todos los corazones.

Después de Pedro el Ermitaño tomó la palabra el papa, y pronunció un discurso del cual citaremos algunos pasajes como un curioso monumento de la elocuencia religiosa del siglo XI: «Un pueblo sin dios, el hijo del Egipto esclavo, ocupaba por la violencia la cuna de nuestra salvación y la patria del Dios hombre. La ciudad del rey de los reyes, que transmitió á las otras los preceptos de una fé pura, fué arrastrada á servir á las supersticiones de los paganos; aquel sepulcro milagroso donde la muerte no pudo guardar su víctima; aquel sepulcro, manantial de la vida futura, sobre el cual se levantó el sol de la resurrección, fué profanado por aquellos que no deben resucitar mas que para servir de paja al fuego eterno. La impiedad victoriosa propagó sus tinieblas sobre los mas ricos países del Asia; Antioquia, Efeeso, Nicea, vinieron á ser ciudades musulmanas; las hordas bárbaras de los turcos clavaron sus estandartes en las márgenes del Helesponto, desde donde amenazaban á todos los países cristianos. Si el mismo Dios, armando contra ellos á sus hijos no los destruyera en su marcha triunfal, ¿qué nación, qué monarquía podría cerrarles las puertas del Occidente?»

El soberano pontífice se dirigía á todas las naciones cristianas. «En su valor solamente colocó la iglesia sus esperanzas, porque conocía su piedad y su bravura, y por eso atravesó los Alpes y les llevó la palabra de Dios. El pueblo, digno de alabanza, añado, este pueblo que el Señor, nuestro Dios, ha bendecido, gime y sucumbe bajo el peso de los ultrajes mas vergonzosos. La raza de los escogidos sufrió persecuciones indignas; la rabia impía de los sarracenos no ha respetado ni á las vírgenes del Señor, y el carácter sagrado de los sacerdotes, y han cargado de cadenas á nuestros desvalidos y ancianos; niños inocentes, arrebatados de los brazos maternos, olvidan entre los bárbaros el nom-



Gefe cruzado.

¿quién hubiera podido detener en sus moradas desoladas á los habitantes de Jerusalem, á los guardianes del Calvario, á los servidores y á los conciudadanos del Dios-hombre, si la fé que animaba sus corazones no les hubiese impuesto la ley de recibir y socorrer á los peregrinos, sino hubiesen temido dejar sin sacerdotes, sin altares, sin ceremonias religiosas, á una tierra todavía cubierta con la sangre de Nuestro Redentor?

«¡Desgraciados de nosotros, hijos míos, y mis hermanos, que vivimos en estos días de calamidades! ¿Hemos venido, por ventura, á este siglo réprobo del cielo para presenciar la desolación de la ciudad santa, y para permanecer tranquilos cuando se vé entregada á nuestros mayores enemigos? ¿No sería preferible morir en la guerra que soportar por mas tiempo este horrible espectáculo? Lloremos juntos nuestras cul-

jada sobre la arena, y que la guerra santa encienda el fuego de nuestro arrepentimiento: que el valor de nuestros hermanos nos anime al combate, y sea mas fuerte que la muerte, contra los enemigos del pueblo cristiano.

«Guerreros que me escuchais, proseguía el elocuente pontífice, vosotros que incesantemente buscáis vanos pretextos de guerra, regocijáos, puesto que hallais una guerra legítima; el momento ha llegado de demostrar si estais animados de un verdadero valor, ha llegado el momento de espiar tantas violencias cometidas en el seno de la paz, y tantas victorias manchadas con la injusticia. Vosotros que con tanta frecuencia fuisteis el terror de vuestros conciudadanos, armáos hoy con la cuchilla de los Macabeos, y acudid para defender la viña del Dios de los ejércitos. Ya no se trata de vengar las injurias de los hombres, sino las de la Divinidad; ya no se trata del ataque de una ciudad ó de un castillo, sino de la conquista de los santos lugares. Si triunfais las bendiciones del cielo serán vuestra recompensa; si sucumbís tendréis la gloria de morir en los mismos sitios que vuestro Salvador, y Dios no olvidará que os ha visto en las filas de la santa milicia. ¿Que no os detengan en vuestros hogares cobardes afecciones ni sentimientos profanos! Soldados del verdadero Dios, no escuchéis ya mas que los lamentos de Sion; rompéd todos los vínculos de la tierra, y recordad lo que el Señor ha dicho: *Aquel que ame á su padre y á su madre mas que á mí no es digno de mí; cualquiera que abandone su casa, ó á su padre, ó á su madre, ó á su mujer, ó á sus hijos, ó á su hacienda, por mi nombre, será recompensado un céntuplo, y poseerá la vida eterna.*»

Estas palabras de Urbano penetraban y inflamaban todos los corazones: la asamblea de los fieles, poseída de un entusiasmo que ninguna elocuencia humana había podido inspirar, se levantó unánimemente y respondió á una voz: *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* Los barones y los caballeros que habían oído el discurso de Urbano juraron todos vengar la causa cristiana



Pedro el Ermitaño.

de Dios verdadero: el templo del Señor ha sido tratado como un hombre infame, y los ornamentos



Juramento de los cruzados.

olvidaron sus mútuas rencillas y juraron combatir de consuno á los enemigos de la fé; y los fieles prometieron en seguida respetar las decisiones del concilio

y adornaron sus vestidos con una cruz encarnada de paño ó de seda, y desde este momento tomaron el nombre de *cruzados*, y el de *cruzada* se dió á la guerra que se iba á emprender contra los sarracenos.

La fama publicó por todas partes la guerra que acababa de declararse á los infieles: el mismo Urbano recorrió muchas poblaciones para terminar su obra tan dichosamente comenzada; en todas las diócesis, en todas las parroquias, los obispos y los simples eclesiásticos no cesaban de bendecir la cruz para los fieles que prometían armarse para pelear por la libertad de la Tierra Santa, y la iglesia ha conservado en sus anales las fórmulas usadas en estas ceremonias. El sacerdote despues que invocaba el socorro de Dios que ha formado el cielo y la tierra, rogaba al Señor bendijera, en su bondad paternal la cruz de los peregrinos, y suplicaba no abandonase en los peligros á los que iban á combatir por Jesucristo, y que les enviase al ángel Gabriel que habia sido en otro tiempo el compañero de Tobías.

Luego recibían todos la sagrada comunión, y el sacerdote se dirigía despues á los peregrinos que estaban prosternados en su presencia y les decía: «Recibe este signo, imagen de la pasión y de la muerte del Salvador del mundo, á fin de que en tu viage, ni la desgracia ni el pecado te sorprendan, y para que tornes mas feliz, y sobre todo, mejor entre los tuyos.» El auditorio respondía *amen*, y el santo entusiasmo que inspiraba esta ceremonia se propagaba á todos los corazones. Por eso en todo el Occidente no se oyeron mas que estas palabras: *El que no lleve su cruz y no venga conmigo, no es digno de mí.*

Estos fueron en resumen los primeros sucesos que precedieron á la primera cruzada, acaso el episodio mas sangriento que cuenta en sus anales la historia de la cristiandad; pero sangre que regada con profusión, ahogó la semilla de la idolatría, é hizo brotar el fruto benéfico de la salvación.

I. A. B.

SEMANA JUDICIAL.

CAUSA LLAMADA DDL SELLO REAL,

FORMADA EN 1814 CONTRA LOS MINISTROS.

DE LA AUDIENCIA DE VALENCIA.

Nada hay mas injusto ni receloso que las pasiones políticas en épocas de reacciones y trastornos. Agitados por la parcialidad y la venganza, todo lo sacrifican á su furor, sin que haya objeto por sagrado que sea, que no lo arrollen en sus violentas iras. Ellas desconocen los principios de la justicia, olvidan las prescripciones del derecho, y hasta profanan muchas veces la santidad de los tribunales, que son en la tierra el trono augusta de la Divinidad. El famoso proceso de que vamos á dar cuenta á nuestros lectores, es un ejemplo tristísimo de esta verdad. En él se hizo figurar como reos de alta traición á los íntegros y beneméritos magistrados de la audiencia de Valencia en 1814, los señores don Manuel Villafañe, don Ramon Giraldo, don Lorenzo Villanueva, don José Alonso, don Francisco Gutierrez Sossa, don Francisco Alonso Berenguer, don Juan Andres de Segovia, el fiscal del mismo tribunal don Antonio Saenz de Vizmanos, y el escribano de cámara don Manuel Caballer; suponiéndose, en agravio de su nunca desmentida fidelidad al trono, que habían tratado de amenguar sus prerogativas, y rebajar la dignidad del monarca, por haber acordado que se abriese un nuevo Sello Mayor, para autorizar con él las reales provisiones del tribunal, en lugar del de igual clase que se habia estraviado.

Esta circunstancia, ha hecho que á la presente causa se la llame generalmente el proceso del Sello; puesto que su estravio y la apertura de otro nuevo que le reemplazara, fueron el origen ó pretexto que discurrió para formarle la suspicacia de aquellos tiempos, causando vejaciones sin cuento á los acusados, víctimas ilustres de la parcialidad y venganza de sus enemigos.

Para formar de esta célebre causa una idea exacta, es necesario referir, aunque sea sucintamente, la historia del suceso, que le sirvió de fundamento, y que fué, como hemos dicho, el haberse estraviado el sello mayor de los tres de que usaba el tribunal, para autorizar las reales provisiones que en nombre de S. M. expedía.

Cuando las tropas de Napoleon invadieron la ciudad de Valencia en 1811, la audiencia, con el fin de poder ejercer libremente su alto ministerio, y deseando sustraerse de la dominación del usurpador, se trasladó á la plaza de Alicante como punto mas seguro, y se instaló en ella en 1812, continuando en el ejercicio de su elevado ministerio, lo mismo que lo habia hecho en Valencia, y usando en las provisiones reales, de los sellos estampados que existían de repuesto en la secretaría de cámara de la audiencia.

Desalojada la ciudad de Valencia por las tropas francesas en 1813, dispuso el tribunal que se recogiesen cuidadosamente los efectos pertenecientes al mismo: lo cual se verificó de todos, menos del *sello mayor*, que habia quedado en poder del teniente canceller don Manuel Fuster. Este habia muerto fuera de Valencia en setiembre del mismo año, y manifestó su viuda

á los comisionados del tribunal, que, habiendo emigrado de la ciudad de Valencia con su marido, cuando la invasión francesa, fueron acometidos en los montes de Benisá por una partida de ladrones, que les robó todo su equipage, en el que iba el referido *sello mayor*, sin que despues hubieran podido recuperarlo.

Dada cuenta al tribunal de este incidente, y habiéndose concluido los sellos estampados, se dió un auto por el mismo en 8 de enero de 1814, disponiendo se formara un nuevo sello en reemplazo del estraviado, con las armas y alegorias que debia contener el sello mayor, comisionándose al efecto al magistrado don Lorenzo Villanueva; todo á condicion de elevar el suceso á conocimiento del gobierno de S. M. y de que el diseño del sello que se formase obtuviera su superior aprobacion.

El distinguido pintor de cámara don Vicente Lopez fué el encargado de formar el diseño del nuevo sello. Este era redondo: en su centro tenia las armas reales colocadas sobre un globo que representaba el mundo, y sostenidas por un leon y un indio puestos á cada uno de los lados de las armas: debajo de estas se veia el libro de la Constitución; y al rededor del escudo se leia en una orla: *Fernando VII por la Gracia de Dios y de la Constitución de la Monarquía, rey de las Españas.*

Este diseño formado por el pintor Lopez, fué presentado al tribunal por el oidor Villanueva, mas no llegó el caso de que se realizase la apertura del sello, quedando simplemente en proyecto: pero que fué lo suficiente para que, vuelto á España el régimen absoluto, sirviese de fundamento y origen á la causa de que nos ocupamos.

Con efecto: á mediados de mayo de 1814, don Matias Antonio Herdara, oficial mayor de la escribanía de cámara del crimen de la audiencia de Valencia, se presentó al comandante general don Fernando Pascual, y por medio de una *delacion reservada* le manifestó, suponiendo revelar un crimen de grave importancia, que el escribano de cámara don Manuel Caballer tenia en su poder un sello grabado por orden del tribunal, en lugar del antiguo que se suponía falsamente haberse estraviado, y que el nuevo sello contenía diferentes alegorias alusivas al régimen constitucional, con los emblemas de la *igualdad y libertad*; todo lo cual era depresivo de la dignidad del monarca.

Tomada en consideracion esta delacion por el comandante general, dispuso que un ayudante suyo pasase á la casa del escribano de cámara Caballer, y le recibiese declaracion, recogiendo de su poder el expediente á que habia dado margen el citado acuerdo de 8 de enero para la formación del nuevo sello, y ocupando igualmente los diseños de este, que conservaba el referido escribano. El delator don Antonio Herdara, servia en la escribanía de don Manuel Caballer, y valido sin duda de la confianza que este le dispensaba, como dependiente suyo, hizo la referida delacion, aunque desfigurando el suceso, y dándole un carácter político que no tenia. Este mismo delator acompañó al ayudante, y ambos practicaron la diligencia que queda referida con la cual se concluyó por entonces el asunto.

No satisfecho sin embargo el delator con este resultado, llevó su interesado celo mas allá todavía, y en 12 de julio de aquel mismo año elevó á S. M. una esposicion manifestando la revelacion que hizo al comandante general Pascual, quien, habiéndose propuesto consultar á S. M. no lo habia verificado; y que, vuelto á Valencia el general Elío, se le devolvió á dicho Herdara el expediente que se habia sacado de poder del escribano Caballer sin resultado alguno. Añadió el delator en este recurso á S. M. que el expediente referido suministraba pruebas evidentes del artificio con que habían obrado los ministros del tribunal: que la pérdida del sello mayor era ficticia, porque el escribano de cámara y gobierno, don Antonio Chiarri, habia entregado los tres sellos mayor, menor y mediano á los ministros, y que si estos habían mandado abrir otro nuevo, era únicamente por hacer ostentacion de sus simpatías hacia el gobierno constitucional, y por adquirir ascensos en sus respectivas carreras.

El delator Herdara acompañó á su esposicion el expediente á que se referia, y ambos documentos, tomados en consideracion por el gobierno, se mandaron pasar á la cámara, y esta los remitió á informe del fiscal de S. M. quien manifestó que, aun cuando veia en ellos la escandalosa novedad que habían intentado los ministros del tribunal de Valencia, en desprecio de las prerogativas y del trono, comprendía que, para conocer de este negocio, y pedir lo conveniente al esclarecimiento de los hechos, era necesaria la autorizacion de S. M. á quien debia consultarse en este sentido. Acordado así por la cámara y elevada á S. M. la oportuna consulta, se autorizó á aquella por real orden de 24 de setiembre de 1814 para que procediera á lo que hubiese lugar en el asunto.

Vuelto al fiscal el expediente, manifestó que, si bien por los méritos que este arrojaba podia desde luego pedirse la suspension del decano y demas ministros del tribunal, sin embargo, para proceder con mayor circunspeccion, convenia que se practicasen las diligencias siguientes, cometidas al capitán general de Valencia.

1.^a Que se pusiese de manifiesto al delator Herdara su esposicion á S. M. para que reconociera su firma, y se ratificara en ella, espresando el paradero del expediente de que hablaba en la misma, y del que, segun él, resultaba haber entregado el escribano don Mariano Chiarri los tres sellos á los ministros del tribunal:

remitiéndolo inmediatamente á la cámara si llegaba á encontrarse.

2.^a Que se recogiese y remitiera igualmente la informacion que se hubiera practicado para acreditar el robo que se decia hecho del sello mayor á la viuda del teniente canceller Fuster, en las montañas de Benisá.

Conforme la cámara con este dictamen de su fiscal, y pasada la correspondiente orden al capitán general de Valencia, este practicó las diligencias que se le mandaban: resultando de ellas que el delator se ratificó en su esposicion, manifestando respecto á la entrega de los tres sellos á los ministros del tribunal, que sabia dicha entrega por el mismo Chiarri que la habia verificado, y que el expediente relativo á la misma se habia instruido por el señor Vizmanos, fiscal de la audiencia.

El escribano de cámara don Mariano Chiarri, dijo en su declaracion que no tenia en su poder mas sellos que los dos pequeños. Tampoco dijo haber visto ni héchese cargo del mayor, el escribano don Manuel Cavaller, y la viuda de Fuster y don Jaime Mosi declararon igualmente á su vez ratificando el suceso del robo que se hizo á aquella y su difunto marido del sello mayor, en los montes de Benisá.

Respecto al expediente de la entrega de los sellos hecha por Chiarri al tribunal, solo resultaba de él que dicho sugeto habia entregado al presidente de la audiencia los sellos menor y mediano, pero no el mayor.

Remitidas estas diligencias á la cámara por el capitán general de Valencia, pasaron al fiscal de S. M., quien en su virtud, formuló un severo y apasionado dictamen en el que, el ministerio público, suponiendo en su acalorada imaginacion, lo contrario de lo que resultaba de la informacion practicada, pidió la suspension de oficio de los ministros del tribunal que habian acordado el auto de 8 de enero de 1814, y que se les formara causa criminal con arreglo á derecho.

Acordado así sustancialmente por la cámara, y elevada consulta á S. M., este dispuso en real orden de 29 de mayo de 1815 que los referidos magistrados quedasen suspensos de sus destinos, y que vinieran á la corte inmediatamente para ser juzgados y sentenciados segun las leyes. La suspension de los ministros hecha con la mayor gravedad y aparato, produjo en la ciudad de Valencia una sensacion profunda, por no haberse visto hasta entonces en la historia de la magistratura un caso semejante.

Los ministros del tribunal, tranquilos con el testimonio de su conciencia y con la idea de su recto proceder en el negocio que se les imputaba como grave delito, sufrieron con resignacion y dignidad este golpe terrible, que al menos ponía su reputacion en duda á los ojos de esa parte del público que solo aprecia los sucesos por la exterioridad y aparato que les acompaña, sin reflexionar sobre su fondo y esencia. Obedientes y respetuosos á la orden de S. M., se trasladaron á la corte, poniéndose inmediatamente á disposicion de la cámara, y quedando arrestados en sus propias casas.

Recibiéndose declaración indagatoria por el juez comisionado al efecto, que lo fué el alcalde de corte don José García de la Torre, y en ella manifestaron sencillamente el hecho ocurrido, esponiendo que el acuerdo de 8 de enero de 1814 se fundó en la necesidad de habilitar al tribunal con un nuevo sello mayor, habiéndose estraviado el antiguo, y que el diseño del que iba á formarse no se llegó á utilizar, ni se hubiera nunca abierto un nuevo cuño sin consultar antes con el gobierno de S. M., segun se consignaba en el referido acuerdo.

El delator Herdara fué citado y emplazado una y otra vez para que compareciese á prestar nuevas declaraciones; pero comprendiendo sin duda la grave responsabilidad que podia exigírsele si resultaba falsa su delacion, no tuvo por conveniente presentarse á sostener ante el tribunal la terrible acusacion que por la via reservada habia fulminado contra los dignos ministros de la audiencia de Valencia.

En este estado la causa se remitió al Consejo, viéndose en ella la singular anomalía de que el promotor fiscal nombrado para intervenir en la misma, no formuló acusacion alguna, y por consiguiente tampoco alegaron nada en su defensa los ilustres procesados. ¡Augusto privilegio de la verdad y de la justicia, que hayan de rendirle muchas veces respetuoso homenaje los mismos que se proponen despreciarlas y perseguirlas!

A la sala de justicia del Consejo, correspondia el conocimiento y decision de esta causa, segun el giro que por la real orden de S. M. antes citada se le habia dado desde su principio; pero varios de los señores ministros que la componian se escusaron, por diferentes motivos, temerosos sin duda del conflicto que les esperaba el dia solemne del fallo, en el que, ó habían de faltar á las leyes y á la conciencia y dignidad de magistrados, condenando á sus inocentes compañeros, ó habían de arrostrar absolviéndolos las iras del partido fanático y violento, que en aquellos tiempos de reaccion política tenia preocupado al trono. De tibios reaccion políticos podia calificárselos al renunciar y contemporizadores podia calificárselos al obtener su cargo, pero al fin esto era menos grave que obstar entre los dos peligrosos extremos que hemos indicado.

Formóse, pues, para resolver esta dificultad, una comision especial, compuesta de los consejeros de Castilla don Francisco Marin, don Antonio Alvarez de Contreras, don Manuel de Torres-Cónsul, don Juan Benito Hermosilla, y don Miguel Alfonso Villagomez á la

que se pasó el proceso con todos sus antecedentes que consistían: 1.º en la delación presentada por Herdara; 2.º en el expediente que acompañaba á la misma, y del que aparecía haberse recogido por aquel y un ayudante de plaza, los diseños del nuevo sello que tenía en su poder el escribano de cámara don Manuel Caballer, en el que también constaba la declaración de este sobre la pérdida del antiguo sello, y el no haberse llegado á usar ni aun abrir el nuevo; y 3.º en el auto original de 8 de enero de 1814 en que los magistrados de la audiencia mandaron se formase dicho sello, consultándose con S. M. para la real aprobación, y cuyo auto constituía en el proceso el cuerpo del delito, si es que tal nombre puede dársele, sin ofensa de la razón y de la justicia.

La junta no recibió con gran satisfacción el espionoso cargo que se le confiaba, y quiso á su vez evadirse de él, como lo había hecho la sala de justicia del Consejo; pero S. M. no tuvo por conveniente estimar sus excusas, y hubo de resignarse á arrostrar aquel grave compromiso.

Hecha, pues, cargo del negocio la junta, mandó pasar los autos al señor fiscal don Francisco Gutierrez de la Huerta, ardiente y popular orador en las cortes de 1810 y 11, y terrible instrumento despues en esta causa de las reacciones y resentimientos políticos de un partido fanático, contra el que el fiscal del Consejo había fulminado en otro tiempo elocuentes y vigorosos anatemas como diputado del parlamento español. Léanse sus discursos sobre el reglamento para el Consejo de la regencia en las sesiones del 17, 21 y 28 de diciembre de 1810, sobre el nombramiento de altos empleados en la de 6 de enero de 1811, y el pronunciado en la de 3 de setiembre del mismo año sobre el proyecto de Constitución, de cuya comisión formó parte con los célebres diputados Argüelles, Oliveros, Valiente, Perez de Castro y otros, y compárense las teorías políticas y las doctrinas de gobierno producidas en estos documentos, con las que estampó despues como fiscal del Consejo en el memorable proceso del Sello, y se verá hasta qué punto puede llegar la volubilidad é inconstancia del espíritu humano, cuando se deja llevar de los cálculos del interés, de los estímulos de la pasión, ó del viento mudable y caprichoso de los favores cortesanos. Lástima es en verdad que un talento superior y distinguido como el del célebre personaje de que hablamos, cayeran en tan censurables contradicciones y extravíos. Si por las doctrinas del fiscal del Consejo hubiera de buscarse al fogoso y patriota diputado de 1810 y 11, ciertamente que nadie creería que fuese este diputado don Francisco Gutierrez de la Huerta. La conciencia de los hombres públicos es inviolable y sagrada, cualesquiera que sean sus opiniones y creencias; pero cuando esta conciencia es inconstante y veleidosa sin que aparezca motivo razonable que justifique tan extrañas mudanzas, cuando varía de consejo pasando de un extremo á otro, entonces el tribunal de la razón pública tiene derecho para aplicar á quien así se produce, la grave sanción de su terrible censura.

Cuatro meses tuvo el señor fiscal la causa en su poder, y al cabo de ellos presentó su dictámen á la junta. Este dictámen es un documento notabilísimo por dos conceptos: primero por el talento y pericia con que está redactado, y que revela las superiores facultades de su autor; y segundo por el nuevo giro que en él se da al proceso. El fiscal, que en sus anteriores censuras sobre varios incidentes de la causa, había demostrado una pasión y virulencia estremadas contra los procesados, revistese en su último dictámen de la dignidad propia de su grave ministerio, y es en el por lo general tan comedido y prudente, cuanto había sido en los anteriores precipitado y violento. Fuera que la reflexiva meditación sobre el proceso le convenciese de sus primitivos errores y extravíos, fuera que su conciencia le aconsejase una justa reparación de los agravios inferidos á las víctimas inocentes de una delación maligna, es lo cierto, que el último dictámen del fiscal Gutierrez de la Huerta no parece redactado por la misma pluma que trazó los anteriores.—No fué sin embargo el representante de la ley completamente imparcial y justo con los procesados, y dejó de llevar un poco de las inconsecuencias de espíritu y del influjo de las pasiones políticas, que antes hemos censurado en este funcionario: mas esto no obstante su dictámen, aunque con el carácter de acusación severa en algunos puntos, era, atendidas las circunstancias de su autor, y las de la época en que fué escrito, una brillante defensa de los mismos, á quienes en otras censuras contenidas en la propia causa había calificado de reos de alta traición, suponiéndoles el criminal conocimiento de deprimir y rebajar la dignidad y prestigio de la magistratura real.

Sentó por base el fiscal en su dictámen, que es cosa probada en autos de un modo concluyente, el intento de abrir un nuevo sello, variando la forma del antiguo, por pura ofiosidad de los ministros del tribunal, y sin necesidad racional que autorizase esta novedad, ofensiva á los derechos del monarca, y que la pérdida del antiguo sello era un pretexto de que se habían valido los magistrados para realizar su reprochable proyecto. En su consecuencia manifestó que si bien todos ellos incurrieron en escesos represivos, había en unos mas culpabilidad que en otros, y que esto debía graduarse, según las circunstancias, conducta y opiniones políticas de cada uno.

Puntualizando los cargos que contra todos ellos resultaban á juicio del fiscal, espuso este que los prin-

cipales eran: 1.º, la indolencia y descuido con que habían procedido en la averiguación del paradero del sello mayor que se suponía extraviado, y la facilidad con que habían permitido que se usase en las reales provisiones de sellos acuñados en seco de antemano: 2.º El haber acordado la formación de un nuevo sello sin previa orden del gobierno: 3.º El haber variado las formas del sello antiguo, poniendo en el nuevo alegorías y emblemas constitucionales, para dar á conocer su adhesión y simpatías al sistema democrático: y 4.º, el haber dado crédito con demasiada ligereza á la pérdida ó extravío del sello mayor, aprobando las diligencias concernientes á su busca, y de las que no resultaba que aquel hubiese desaparecido.

Las pruebas de estos escesos, dijo el fiscal, si no llegan, se aproximan al menos al grado de las convincentes, y para justificar su opinión en esta parte, produjo varios datos del expediente, fundándose con especialidad en las declaraciones que habían prestado el escribano de cámara don Mariano Charri, el presbítero don Miguel Cervera, y el denunciador don Matías Antonio Herdara.

Espresso despues el fiscal que la responsabilidad de los magistrados no era igual, y que esta debía graduarse colocando en primer término como los mas culpables al ministro Villanueva, al fiscal de la Audiencia Vizmanos y al escribano de cámara Caballer, y acaso también (son sus palabras) á Giraldo y á Gutierrez Sossa por sus ideas exaltadas en favor del sistema democrático. Los demas ministros habían delinquido en opinión del fiscal mas bien por irreflexión é imprudencia que por verdadera malicia y perversidad, y eran acreedores á mayor indulgencia.

Adviértese en el notable documento de que nos ocupamos, que el fiscal Gutierrez de la Huerta obraba estimulado por dos impulsos ó fuerzas contrarias; por una parte sus deberes de magistrado representante de la ley, en cuya virtud debía constituirse en defensor de los acusados que se hallaban inocentes: por otra la necesidad de ser consiguiente con sus anteriores doctrinas y opiniones consignadas en el proceso, y su deseo de transigir en algun modo con las exigencias del partido político á quien por aquel tiempo servía. Entre tan encontrados elementos el dictámen fiscal necesariamente había de resentirse de falta de unidad, y consecuencia. Trozos hay en él en los que se pinta como verdaderos criminales á los respetables magistrados del tribunal de Valencia, mientras que en otros se les supone simplemente indiscretos y poco cuerdos en el ejercicio de su ministerio. Al leer algunos párrafos parece que la conclusion del dictámen ha de ser la petición de una gravísima pena contra los acusados, y al examinar otros párrafos opuestos, creeria ver el lector reflexivo al razonador y apasionado patrono que defiende, mas bien que al rígido y severo fiscal que acusa. Esta variedad, estas alternativas, esta continua lucha de espíritu demuestran que el fiscal no había olvidado los principios de imparcialidad y rectitud que ostentara en otro tiempo, si bien no tuvo toda la entereza y energía necesarias para consignarlos explícitamente en este proceso.

Para justificar la opinión y juicio que hemos formado de la importante pieza jurídica de que vamos hablando, creemos deber extraer por conclusion sus tres últimos párrafos que juzgamos no desagradarán á nuestros lectores.

Sin embargo, dijo el fiscal, de lo hasta aquí manifestado, con apoyo de la resultancia del proceso, no puede menos de reconocerse de buena fé: 1.º que las declaraciones de don Dalmacio Alpuente, fiscal de lo civil de la Audiencia de Valencia, y de don Manuel María de Arbizu oidor de la misma, debilitan en parte la presunción legal ponderada mas arriba por el fiscal acerca del motivo á que deba atribuirse la no consumación del proyecto del nuevo sello, que mereció, según estos declaran, la desaprobación de los ministros del tribunal, mandando que no se diera mas paso en el negocio y que se usase en adelante del sello mediano; y 2.º que entre dichos ministros, todos ó los mas, acreditan particulares servicios, adhesión constante á la buena causa, sacrificios padecidos por ella, amor al rey, y templanza en sus opiniones durante la época de la exaltación y novedades constitucionales, y que si algunos suscribieron por equivocada opinión á las ideas de aquel tiempo, reconocieron luego su extravío y han procurado dar pruebas nada equívocas de su lealtad y amor á la augusta persona del rey.

El fiscal concluyó diciendo que la causa había variado completamente de aspecto, y que combinados todos sus extremos, teniendo presente la culpa que aparecía respectivamente contra los procesados, y apreciando como era justo el largo tiempo de su suspensión y arresto, y consiguientes padecimientos, consideraba que había términos hábiles para que la junta siendo servida, acordase desde luego que se sobreseyese en los procedimientos con respecto á los ministros don Manuel Villafañe; don José Alonso, don Francisco Alonso Berenguer y don Juan Andres de Segovia, alzándoseles el arresto y suspensión que sufrían, y restituyéndoles al goce íntegro de sus sueldos, y al ejercicio de sus respectivas plazas en otro tribunal que no fuese la real audiencia de Valencia, y con la antigüedad que les correspondiera, advirtiéndoles, empero, que en lo sucesivo procedieran con mas circunspección en el desempeño de su ministerio para no dar lugar á proyectos peligrosos. Por lo tocante á los ministros don Ramon Giraldo y don Francisco Gutierrez Sossa hizo el fiscal igual propuesta á la junta, añadiendo que se

les previniese además para que en lo sucesivo no reincidieran en los errores políticos de opinión que se les atribuían, con anterioridad al feliz regreso de S. M. á España: y que por lo respectivo al magistrado don Lorenzo Villanueva, al fiscal don Antonio Saenz de Vizmanos y al escribano de cámara don Manuel Caballer y Muñoz, se jubilase, usando de equidad, á los dos primeros, con la tercera parte de su sueldo, y que se corrigiera al último, imponiéndole por vía de pena seis meses mas de privación de oficio sobre los que ya llevaba sufridos.

Tal fué la pretension del dictámen del fiscal Gutierrez de la Huerta: dictámen notabilísimo por los conceptos que hemos indicado, y mas todavía por el contraste que forma con la singular y extraña resolución de este memorable proceso, según veremos en su lugar oportuno.

F. P. DE A.
(Se continuará.)

SEMANA LITERARIA.

DOS DUELOS A DIEZ Y OCHO AÑOS DE DISTANCIA.

LEYENDA

POR D. JOSÉ HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

(Conclusion).

PARTE SEGUNDA.

CAPITULO XII.

En aquel momento una voz muy conocida viene á detener su mano....

—¡Señor Arturo! ¡señor Arturo! ¿por qué no queréis abrirme?

Es la voz de la honrada viuda. Arturo deja la pistola sobre la mesa y vá á abrir.

—¿Qué me queréis, señora? le dice con aspereza.

—¿Yo?... pero ¿qué teneis que estais tan desentado? ¿Estais malo? ¡ay Dios! ¡sentaos, sentaos!

—Estoy bueno, del todo bueno, señora: os ruego que os vayais á descansar.

—No quiera Dios que os deje solo cuando os veo tan trastornado. Pero ¿qué miro? ¡Una pistola aquí... ¡montada!...

Y comprendiendo con esa maravillosa intuición de las mugeres todo lo que pasaba en el alma del joven, le dijo con tono sereno y tierno á la vez:

—Os ibais á matar! ¡Ingrato! ¡egoista!... ¿Habeis olvidado á vuestra pobre madre?

—¿A mi madre?... ¡ah! sí... ¡Había olvidado á mi infeliz, á mi tierna, á mi adorada madre!... Teneis razón, señora. He sido un egoista, un monstruo de ingratitude. ¡Oh madre mia! ¡nunca te hubieras consolado!

Y aquel dolor hasta entonces sin lágrimas halló por fin ese bálsamo divino del llanto, don inefable de la sabia Providencia, y sin el cual mil y mil veces moriría el hombre desesperado y blasfemando de sí mismo y de su Criador.

En cuanto lo vió llorar fué tranquilizándose poco á poco la buena de la viuda; que hartos años contaba y hartas penas había padecido para no saber que duelos regados con lágrimas y encarecidos con suspiros no matan. El dolor inmenso, supremo, el dolor que da la muerte, no tiene lágrimas, ni gemidos, ni palabras, ni movimiento: es inmóvil y silencioso como el sepulcro.

Todavía acompañó la piadosa huéspeda á Arturo media hora; despues lo dejó, aconsejándole cariñosamente que se acostase, y llevándose por vía de precaución las pistolas. En cuanto el joven se vió solo, escribió. Era su despedida á María.

«He recibido ayer vuestra carta, que es mi sentencia de muerte. Otra cosa debía esperar de vos, María, que habeis sido mi primero, mi único, mi último amor. ¿Pero de qué sirven las quejas? Probablemente dejaré dentro de muy pocas horas esta hermosa tierra, en la cual he tenido un sueño tan feliz. Voy á reunirme al único ser que me ama en el mundo, á mi pobre madre, cuyos últimos días estoy destinado á acibarar con el espectáculo de un mal sin esperanza. Vos lo habeis querido así: ¡Dios os bendiga! Sed, María, tan feliz, como desventurado habeis hecho á vuestro Arturo.»

Amaneció por fin el domingo de carnaval. El sol de Italia, celebrado justamente por tantos poetas, bañaba con sus puros resplandores la marmórea ciudad de Augusto: los habitantes de todos sexos, edades y condiciones inundaban sus espaciosas calles, sus admirables plazas, sus pintorescas alamedas.

Todo era alegría y algazara en el vasto recinto de la ciudad soberana: en aquel inmenso hormiguero de cabezas humanas, ¿quién fijará la atención en ese joven pálido que se desliza como una sombra al través de la compacta multitud? Arturo ha recordado la audiencia que solicitó del embajador: allá va, ¿pero qué le va á decir?

Ya llega al vestíbulo; sube las escaleras; atraviesa las antecámaras, y cerca ya del despacho del conde, le sale este al encuentro y lo introduce en seguida con muestras de la mayor benevolencia.

CAPITULO XIII.

—¿Deciais que me teniais que revelar un secreto importante? dijo el diplomático con cariñoso tono al joven que, pálido y desgredado, se arrojó en un sillón al entrar en la pieza. Pues bien, podeis hablar.

—Vengo, señor, no solo á revelaros un secreto, sino á implorar vuestra proteccion.

—Podeis contar con ella y con mi reserva.

—Os hablaré con la franqueza de un hijo. Hace tiempo que amo con frenesí á la señorita María....

—¿Qué decís? ¿á la hija del caballero Aguilar?....

—Y ella.... Os ama?

—Sí, señor... ¿Mas, porqué me mirais de ese modo? Ah.... ya entiendo.... vos sabreis....

—Es una gran desgracia, murmuró el conde, sin escuchar al parecer las palabras del joven.

—¿Una gran desgracia? Pues entonces sabreis todo lo que yo ignoro acerca de mi nacimiento.... ¡Oh! decidme la verdad.... ¡Toda la verdad, por dura y amarga que sea!

—Jóven, contestó el conde con triste y severo tono, nada hay en vuestro nacimiento que os deba avergonzar. Que esto os baste. Este es un secreto, y no me toca á mí revelároslo; pero si os puedo.... os debo decir.... que entre vos y esa jóven hay un obstáculo insuperable.... un muro de sangre que no podeis allanar sin impiedad.

—¡Oh! os lo ruego.... os lo pido de rodillas.... no desoigais mi súplica!

—Alzad, jóven, y serenaos. Ya os he dicho que no soy yo á quien toca contaros esa triste historia. Pero dejemos esto: decidme, porqué necesitais de mi proteccion.

—Pues bien, caballero, guardad vuestro secreto.... Os dije que amaba á María, y que era amado de ella....

—Proseguid....

—Hay un hombre, á quien creí en otro tiempo mi amigo, que se ha interpuesto entre nosotros.... Un traidor... un cobarde, el cual, cuando descubierta su villanía, le he pedido cuenta de mi amistad vendida, me ha contestado con palabras de mortal desprecio.... ¡Oh! palabras tales, que si tuviera mil vidas y yo se las arrancara una tras otra, aun no fuera bastante....

—Serenaos.... tened un poco de mas calma.... Veamos.... ¿qué os ha dicho?

—Primero escusó el duelo, pretestando que yo era un niño inconsiderado.... un loco á quien no debía escuchar.... Mas provocándome yo con las mas duras palabras, ¿sabéis lo que me contestó? Que yo era un oscuro aventurero, con quien no podía él medir su espada; que un miembro de la nobilísima casa de los S.... no tenia nada que contestar á un artista mendicante! Y cuando yo exasperado iba á hacerle una de esas ofensas que jamás olvida un hombre, se me escapó por una puerta escusada....

—¿Y despues?

—Aun no me habia repuesto del asombro que semejante conducta me habia causado, cuando entraron en la habitacion varios lacayos, los cuales me intimaron que me marchase sopena que de lo contrario llamarían á los de policia....

—¡Eso es infame!

—Yo no tenia nada que hacer con los criados de ese hombre ruin. Salí, pues, en seguida y vine en derecho á daros parte de lo ocurrido.... á pedir os vuestra proteccion. No pudiendo veros ayer, os hice pedir....

En este momento se abrió la mampara del gabinete, y un criado anunció al coronel Schiller.

—Hacedle entrar, contestó el conde, y dirigiéndose á Arturo:

—Venid esta noche á las ocho, le dijo. No salgais de vuestra casa hasta entonces....

—Pero, señor conde....

—Os doy mi palabra de honor de que tomaré este asunto con tanto interés y calor como si me fuera personal. El caballero os satisfará completamente, os lo aseguro. Ahora, jóven, idos y tratad de conteneros hasta esta noche.

Y dándole afectuosamente la mano, lo acompañó hasta la puerta á tiempo que ya entraba por ella el coronel Schiller.

Hizo este una muda cortesía al jóven, cambiando al mismo tiempo una mirada de inteligencia con el conde; pero Arturo, demasiado preocupado con sus ideas, no hizo ni siquiera alto en el estranero.

—Y bien, primo, ¿á qué ha venido tan temprano este chico? preguntó el coronel.

—Por un asunto bien desagradable por cierto.

Pero no debemos anticipar al lector al conocimiento de aquella conversacion; por lo cual le suplicaremos, si no lo ha por enojo, que se traslade con nosotros á la *Via della Croce*, y á casa del caballero Aguilar.

CAPITULO XIV.

Eran ya las ocho de la noche. La casa de la *Via della Croce*, que nos es tan conocida, estaba completamente iluminada. El caballero Aguilar daba un baile de máscaras, al cual estaban invitadas todas las notabilidades de ambos sexos que encerraba Roma en sus muros, y ya empezaban á poblarse los salones de hermosísimas damas y apuestos caballeros, cuyos trages variados hasta lo infinito hacian la perspectiva suma-

mente vistosa y galana. En el testero del salon principal estaba sentada la dueña de la casa, María Contarini, y á pesar de la espresion obsequiosa de su rostro, era fácil descubrir que algun pesar interior la atormentaba. A su lado, y cubierto el rostro de mortal palidez, veíase á su hermosa hija, y en un grupo inmediato hablaban con calor, aunque en voz baja, tres hombres: Aguilar, d' Estrées y el caballero S....

En aquel momento anunciaron al conde de O.... hacia el cual se adelantó Aguilar.

—Permitidme, caballero, dijo el conde, que os presente á dos amigos míos, dos caballeros alemanes, los cuales, aprovechándose de la libertad del día vienen con dominó.

—Traidos por vos, conde, vienen á su casa.... y al ir á hacerles un saludo cortés vió que uno de ellos se deslizaba con la rapidéz del relámpago hacia el fondo del salon en donde permanecia aun d' Estrées y el caballero S.... cerca de las señoras de la casa.

—Venid, caballero, gritó el conde á Aguilar. Evitemos si es posible un escándalo.

Atónito Aguilar siguió al diplomático apresuradamente, pero ya no era tiempo.

El ruido seco y sonoro de una terrible bofetada resonó en el ámbito del salon y el caballero S.... cayó desplomado sobre la alfombra.

—Veremos si ahora os batís, gritó Arturo á su enemigo.

—¡Oh! caballero, dijo Aguilar al imprudente jóven, vos me responderéis de este desacato.

—Despues que á mí me satisfaga, dijo el caballero S.... con voz de trueno.

—Mañana á las seis, fuera de la puerta del Pópolo con espada y pistolas, dijo en voz baja el otro dominó mudo hasta entonces y que, como ya habra adivinado el lector, era el coronel Schiller.

Y el conde de O.... despues de haberse escusado lo mejor que pudo con Aguilar de aquel lance imprevisto, salió con sus dos amigos y se dirigió al palacio de la embajada.

CAPITULO XV.

Por poco agudo y calculador que sea el benévolo lector, se habra dado ya á sí propio cuenta de las causas que motivaron la carta que escribió María á nuestro héroe; pero nosotros, á fuer de concienzudos historiadores, nos vemos en el caso de contarlas aqui aun á riesgo de pasar por enfadosos.

El caballero S.... cuyo amor habia sido en el principio un mero capricho, llegó poco á poco con los continuos obstáculos que el mútuo afecto de los jóvenes le presentaba, sino á enamorarse realmente, que esto no sucede mas que cuando el cielo lo dispone, al menos á tener empeñado su amor propio en el triunfo de su deseo. Hemos dicho ya, si mal no se nos acuerda, que este jóven pertenecía á una de las primeras familias de Italia; añádase á esto que era inmensamente rico, y nadie estrañará el interés que tomaron María Contarini, su padre y el mismo Aguilar para casar con él á nuestra heroína, luego que él se la pidió en matrimonio. Oponiendo la jóven una resistencia tenaz al enlace que le proponian, naturalmente salió á la palestra su amor por Arturo, y sus padres le impusieron por precio de su perdon, aquella carta que pudo ser tan fatal para ambos, y que al fin habia producido un doble duelo; porque á la mañana siguiente era imposible que no se realizase, atendidos los antecedentes que mediaban.

Imposible parecia á primera vista que Aguilar y su esposa procediesen con tanta imprevisión y violencia, cuando ellos mismos habian padecido tanto en otros tiempos por un proceder análogo de un padre tirano; pero tal es, ha sido y será la historia del género humano; y todo el que haya leído con atencion en el gran libro del mundo, no podrá menos de confesar que á cada paso ha tropezado en sus turbulentas páginas con estas absurdas contradicciones de nuestra naturaleza, que nos hacen ser, y muchas veces sin advertirlo, alternativamente oprimidos y opresores, víctimas y verdugos.

Escusado es decir que el lance del baile acabó con el placer que los concurrentes en aquella noche se prometian; y despues de algunos inútiles y penosos esfuerzos de los dueños de la casa por restablecer la calma, la concurrencia fué desfilando poco á poco, y á las diez de la noche no habia una persona estraña en casa de Aguilar.

En cuanto á los otros personajes de esta verdadera historia, diremos que luego que llegaron al palacio de la embajada, el coronel Schiller, tomando la palabra con triste y severo tono, informó á Arturo de todo lo que ignoraba acerca de su nacimiento.

Arturo era hijo legítimo del baron Gruner cuya violenta muerte contamos en la primera parte de nuestra narracion. Al faltar su amigo, Schiller habia cuidado de la subsistencia y educacion del huérfano, no cesando de hacer esfuerzos con el padre del malogrado capitán para que reconociese y adoptase á su nieto. Por mucho tiempo habia luchado en vano el generoso amigo; pero al fin viéndose cercano á morir el anciano caballero, habia cedido y llamado á su lado á la virtuosa Magdalena encargando á Schiller de traerle en seguida al jóven artista. Esta era la verdadera comision que le habia conducido á Roma, y no fué pequeño su dolor al ver el terrible riesgo que iba á correr su protegido, acaso por haber prolongado mas de lo preciso la reserva que se habia impuesto con él.

No creemos inútil prevenir al lector que al llegar Schiller en su narracion al funesto duelo que privó á nuestro héroe del autor de sus dias, habia sido justo con los personajes de aquel sangriento drama, dejando á cada cual en su lugar: de modo que el jóven no pudo menos de conocer que Aguilar habia procedido en aquellas circunstancias como un hombre honrado y valiente.

Dejémoslos pues dormir, si en circunstancias tales es posible conciliar el sueño, y trasladémonos desde luego á las afueras de la puerta del Pópolo.

CAPITULO XVI.

Las seis acaban de sonar en el reloj de Santa María del Pópolo, cuando por diversos lados y casi al mismo tiempo salian por la famosa puerta dos coches cerrados. Cuando hubieron andado como una media milla por la desierta campiña, se detuvieron simultáneamente á una señal de las personas que conducian. Apeáronse del primero el conde de O...., Schiller y Arturo; del segundo, Aguilar, d' Estrées y el caballero S....

—Tres á tres, señores dijo el conde de O.... saludando. Pero seriamos muy desgraciados si no pudiéramos evitar una catástrofe.

—No quiero oír hablar de transacciones, gritó groseramente el caballero S....

—No os enfadeis por eso, dijo Schiller. Si os empeñais en batiros, os batireis. No somos hombres á quienes intimide un lance mas ó menos.

—Si doy crédito á mis ojos, observó Aguilar con voz algo trémula, estoy en presencia del mayor Schiller.... y acercándose á él con el sombrero en la mano, lo saludó como un antiguo amigo.

—El mismo soy, caballero; y pésame en el alma el encontrarnos despues de tan larga ausencia, en situacion análoga á la de la ultima vez en que tuve el honor de veros. ¡Coronel d' Estrées, añadió con voz afectuosa y tendiendo la mano al caballero francés, os saludo!

—No mas cumplimientos, señores, dijo S.... con ronca voz. ¿Señor Arturo, cuáles son vuestras armas?

—Espada ó pistola me es igual, contestó el jóven con voz dulce y tranquila.

—Un momento, señores, dijo el conde de O.... ¿No podria arreglarse este asunto de una manera menos violenta?

—Ya veis que no, señor conde, contestó Schiller, indicando con el ademán al caballero S.... que se mordía los puños de cólera.

—Sea así, pues, dijo tristemente el conde.

Schiller se acercó entonces al caballero S.... y presentándole una pistola y una espada, le dijo con voz breve:

—¡Elegid!

El caballero tomó la espada y entonces d' Estrées y Schiller se acercaron para probar si las armas eran del mismo temple y dimensiones.

Aguilar abrazó á S.... y el conde de O.... á Arturo. El primero dijo á su amigo:

—Despues de vosiré yo. ¡Buen ánimo!

Schiller ató la espada al brazo de Arturo, diciéndole en voz baja:

—La punta de tu espada al pecho del contrario: tu vista en su vista, aguarda y responde con celeridad y prudencia!

Y colocados en sus puestos los combatientes, y los testigos en el suyo, sonaron lenta y siniestramente las palmas de costumbre.

Acometieron los contrarios con furor, si bien el jóven alemán con un poco mas de calma. Durante los primeros cinco minutos, apenas se veian las hojas de las espadas; corria ya la sangre de ambos contendientes: Arturo habia tenido una rozadura en la frente con un quite algo tardío, y S.... habia recibido un ligero pinchazo en el brazo de la espada. Las estocadas iban y venian con menos rapidéz: ambos adversarios guardaban mejor las distancias: estaban ya en esa segunda parte de los combates á espada, en la cual parece inevitable la muerte de uno. Veíase á las claras que el italiano tiraba á matar á su enemigo; el otro á desarmarlo. En un á fondo, dirigido con incierta puntería, quedó el caballero descubierto y el jóven le atravesó de parte á parte el brazo por muy cerca del hombro; y cuando el primero volvió á ponerse en guardia, el dolor fué tan agudo que á un ligero derrote saltó su espada á seis pasos. Arturo clavó la punta de su arma en tierra.

—¡Venga mi espada! gritó el caballero.

—Estais fuera de combate, señor mío, le dijo Schiller mientras que d' Estrées recogia la espada.

—Ahora me toca á mí, dijo Aguilar con voz triste. Descansad, caballero.

—Yo ni debo ni quiero batirme con vos, respondió Arturo. Os pido mil perdones por mi locura de anoche....

—Por qué os teme, caballero Aguilar, he aqui sus motivos, observó S....

—Mentis como un villano, respondió Schiller con voz de trueno. Caballero, añadió dirigiéndose á Aguilar con severo tono, á vos os toca admitir ó rechazar las disculpas de mi parte.

—No puedo, amigo mío, respondió con dulzura el español; es mi suerte; esto no puede quedar así.

—No os digo yo que deba quedar así: pero tengo que daros algunas esplicaciones. Si despues de haberlas oido persistis en batiros, se hará vuestra voluntad.

—Decid, contestó con tristeza Aguilar.

—Oídme con atención. Y acercando su boca al oído de Aguilar: Caballero, le dijo, ese joven es el hijo de mi desgraciado amigo el baron Gruner á quien vos disteis muerte. Ama á vuestra hija y ella le ama. Es un partido ventajoso, puesto que lleva un título ilustre y es único heredero de una gran fortuna: dadle á vuestra hija, y así le recompensais en lo posible de la pérdida que le hicisteis sufrir. ¿Qué me respondéis?

—Es necesario meditar la respuesta, contestó el español después de unos instantes de silencio.

—Bien está: tomad el tiempo que queráis. Acércame, Arturo.

El joven se acercó, y con voz tímida:

—¿Admitis mis excusas, caballero? preguntó á Aguilar.

—¡Con toda mi alma! respondió este, alargando una de sus manos al joven, que la besó con efusión. Y dirigiéndose á Schiller y al conde de O.... añadió con voz conmovida:

—¡Hasta mañana por la mañana, señores!

D'Estrées y S.... que nada habían comprendido, siguieron á Aguilar, que se dirigía hacia su coche, mientras que los tres alemanes entraron en el suyo, tomando todos sin detenerse el camino de Roma.

CAPITULO XVII.

De vuelta ya en su casa, Aguilar había contado á su esposa y al señor Contarini los acontecimientos de aquella mañana; su encuentro inesperado con Schiller y las revelaciones y petición que este le había hecho en favor de Arturo. La tierna madre, á cuyos ojos no podía ocultarse que María iba á ser muy infeliz si la separaban de su amante uniéndola á otro hombre, vió el cielo abierto cuando supo por Aguilar el nacimiento y posición del joven alemán, y abrazando con calor su causa desde aquel momento, dijo á su esposo:

—Nosotros no tenemos compromiso ninguno con el caballero S.... puesto que no le hemos ofrecido darle á nuestra hija, como ella no consienta. Es así que ella me ha declarado positivamente esta mañana que primero morirá que unir su suerte á la de otro hombre que no sea Arturo; ¿por qué, pues, no la hemos de hacer feliz?

—En efecto, dijo el señor de Contarini, cuya animadversión hacia el joven nacía solo de que lo suponía plebeyo y pobre; en efecto, pareceme que es muy acertado lo que dice mi hija, tanto mas cuanto que en conciencia debeis á ese pobre mozo una amplia indemnización.

—En ese caso, señores, dijo el buen d'Estrées, cuando hasta entonces, no creo que seré muy indiscreto yendo á participar esta nueva á la acuitada ma.

—No seas precipitado, le dijo Aguilar: una alegría inesperada podría serle fatal. Su madre la preparará lentamente. Además, añadió, no quiero que se diga todo hasta mañana. De este modo terminó aquel consejo de familia. Aguilar y d'Estrées salieron juntos para ir á casa del caballero S.... y á la embajada austriaca; y María Contarini fué á reunirse con su hija, dándole, como es de suponerse, algunas esperanzas, si bien de un modo ambiguo, conforme á los deseos de Aguilar.

Al día siguiente, á las diez de la mañana, recibió nuestra heroína un recado de su padre para que pasara á su despacho. Allí encontró á su madre, al señor Contarini y á d'Estrées.

—Hija mía, le dijo Aguilar, besándola cariñosamente, he roto vuestro compromiso con el caballero S....

—¡Oh padre mio, cuán bueno sois! exclamó la joven arrojándose en sus brazos, mientras que un copioso raudal de alegría inundaba su rostro.

—Serénate y óyeme con calma. Rotos nuestros tratos con el caballero y después del grave escándalo de anoche, he visto como un favor del cielo la petición que de tu mano me ha hecho el joven baron Gruner, caballero de esclarecida estirpe y que reúne á una gran fortuna un talento superior y una hermosísima figura....

—Pero, padre mio, yo no conozco á ese hombre....

—Ya lo conocerás, que no quiero yo ni ninguno de los tuyos que sin conocerlo te comprometas; pero esperamos que lo recibas bien.

—Padre mio, contestó la joven con voz solemne, no quiero ni debo engañaros. Mi corazón y mi vida no son ya míos. Jamás hubo una hija que amase y respetase mas á sus padres; pero os declaro que antes moriré mil veces que renunciar al amor de Arturo.

—Veo, dijo Aguilar, con cariñoso tono, que todos vuestros esfuerzos serán inútiles. Baron, añadió aludiendo la voz, venid vos mismo á defender vuestra causa.

En aquel instante se abrió una puerta inmediata, y una hermosa joven, lanzando un débil grito, cayó moribunda de amor y de alegría en los brazos del afortunado Arturo.

CAPITULO ULTIMO.

Y sed vosotros, isla de verdura
Donde repose yo cansado y yerto,
Del sol que ennegreció mi frente pura
Y del árido viento del desierto:
Idea de suavísima dulzura,
Vosotros sed do el pensamiento in-
cienso
Fijese vuestro, y vuestro aroma blando
Venga á mi corazón su afan tem-
plando.

ESPRONCEDA.—Diablo Mundo.—C. IV.

Han pasado cuarenta días desde que dejamos á nuestros héroes reunidos en el despacho de Aguilar. El mes de abril tocaba á su fin y la risueña primavera engalanaba ya con su aromoso y florido manto las fértiles campiñas de la bella Italia. Estamos en la misma casita de la *Via della Croce*, en el mismo jardín en donde vimos en 1831 un cuadro de felicidad inefable. ¿Intentaremos describir el que ahora se presenta á nuestros ojos? ¿Podrá nuestro tosco pincel dar una idea, siquiera débil é imperfecta, de la ideal belleza de las figuras, de la valentía y esplendor de los colores, de las delicadas y suavísimas perspectivas? Por aquel estrecho sendero, trazado con esbeltos rosales y olorosos tomillos van los jóvenes esposos: enlazados sus brazos, sus alientos se confunden, y respiran y se embriagan con indecible deleite de aquel ambiente perfumado que anega sus almas en torrentes de amor y juventud y fragancia y armonía. Debajo de aquel espeso emparado, sentados aun al rededor de la mesa en que hicieran un delicioso desayuno, están d'Estrées, María Contarini, Aguilar, su suegro, Schiller, el conde de O.... y dos señoras, cuyo nombre apenas recordará el lector. La una es Magdalena, que desde el fondo de la Alemania ha venido á presenciar las bodas de su único hijo; la otra, la honrada viuda á la cual debió nuestro héroe en otros tiempos tan desinteresado cariño. De pie, allí cerca, nuestro buen amigo Angiolo, enjuga con el revés de su tosca mano una lágrima de amor y de agradecimiento que brota de sus ojos, al oír el elogio que hacen d'Estrées y Aguilar de sus sencillas virtudes.... ¿Qué mas diremos?

Todos nuestros personajes son felices; todos, excepto, tal vez uno, tienen cimentada su felicidad sobre la mas segura base que puede darse en este breve pasaje de la vida humana: el contentamiento de sí mismo. Y nosotros, humildes narradores de esta historia, al apartar nuestra vista de tan risueño cuadro; con el corazón oprimido por el dolor y la vista anublada por las lágrimas del infortunio, volvemos á pesar nuestro á perdersen, tal vez sin esperanza, en el árido desierto de nuestra triste y afanosa vida.

TEATRO ESPAÑOL.

PRIMERA REPRESENTACION DE MASANIELLO.

Durante el reinado del señor don Felipe IV rayaban en su último período los tiempos, que, con irrisión del buen sentido, se llaman venturosos para los españoles. Nuestra dominación en Nápoles, Milan y Flandes empobrecía á sus moradores, encerraba á los extranjeros, consumía nuestras fuerzas y agotaba nuestros tesoros. Beneficiados de ella salían únicamente los vireyes, que, mirando la gobernación con descuido, y con interés sus ventajas particulares, se enriquecían soscados á la sombra de la división, que fomentaban entre los nobles y los plebeyos; hasta que rebeldes los unos por recuperar sus prerrogativas, ó tumultuados los otros por salir de sus miserias todo se ponía en conflicto, y tras de motines y capitulaciones, mudaban aquellas provincias de vireyes sin que nunca se cegara el manantial de sus desventuras.

Sobre todo en Nápoles se habían sucedido á menudo las revueltas, suscitándolas ora la intención de establecer allí el Santo Oficio, ora por la alteración de la moneda, ora por la exhorbitancia de los tributos. Uno muy oneroso para el pueblo había decretado el virey duque de Arcos sobre la fruta en 1647, y apenas se propagó la noticia hubo síntomas tan alarmantes que, temeroso el duque de un alboroto, estuvo á punto de abolir el impuesto. No le consintieron dar vado á su buen designio los que esperaban ventajas de que subsistiese la gabela, y estalló la rebelión con indecible furia. Un pobre pescadero, llamado Tomás Aniello de Amalfi, la capitaneó desde un principio en la plaza del Mercado. Aquel hombre oscuro tenía simpática figura, melancólica mirada y natural talento. Desde el 7 al 16 de julio fué ídolo del pueblo, dominándole de tal manera que á una voz suya herbia proceloso ó se aquietaba á modo del mar á una señal del Dios omnipotente. Hasta con bajeza le agasajó el duque de Arcos. El arzobispo Filomarino le cumplimentó diversas veces deseoso de asentar la concordia. Durante su dominación breve dictaba sabios decretos y prescribía órdenes extravagantes: incendiaba los palacios de los nobles y perseguía al duque de Maddalone, capitán de foragidos; su mando absoluto le embriagaba la mente, y solo amenazado de escomunión accedía á desnudarse de sus harapos y á vestirse rico traje. En medio del tu-

multo se clamó por el restablecimiento del privilegio de Carlos V, que absolvía al pueblo de gabelas: sancionado por el virey se acordaron las capitulaciones. Y no se restableció completamente la calma por irresolución y torpeza del duque de Arcos. Tanto era su miedo que antes de concurrir al solemne Te-Deum que debía entonarse en celebridad de la fausta reconciliación de los napolitanos, hizo testamento como quien camina á la muerte. No supo aprovecharse de las buenas disposiciones del pueblo, que se mostró constantemente respetuoso al soberano, en términos de colocar su retrato bajo un dosel en las esquinas contiguas á los palacios que arrasaba, y de no cesar nunca de aclamar su nombre. Desvanecido Masaniello por la atmósfera de adulación que le rodeaba donde quiera que dirigía sus pasos, sonó con prolongar su dominio y se le trastornó la cabeza. A pie ó á caballo recorría las calles de Nápoles velozmente, y atropellaba y descargaba mandobles sobre todos aquellos á quienes alcanzaba su brazo; se metía en el palacio del virey y se ponía en su presencia beodo y con el vestido hecho girones; desnudábase en el templo, y enseñaba al pueblo napolitano sus miembros demacrados á consecuencia de la vida fatigosa y agitada que hacia desvelándose por su fortuna, estremos que escitaban la admiración de los unos y la risa de los otros. Ya un día le faltaron al respeto, tirándole piedras por las calles: en el convento del Carmen buscó asilo; y allí asaltado por la turba, murió á los tiros de los arcabuces que le descargaron á boca de jarro: un carnicero le cortó la cabeza, que aun ehorreaba sangre cuando el duque de Arcos permitió que se la presentaran con villana complacencia, indigna de su cuna, de su cargo y de su reciente miedo, causa única de la prolongación de aquellos horrores. El versátil pueblo se dió á maldecir de un compatriota, en cuya alabanza se hacia lenguas poco antes.

Tal es en sencillo compendio la historia de Masaniello, personaje extraordinario que ha ejercitado el ingenio y la reflexión de varones eminentes. Entre otros, Pietro Angelo Florentino le trae á la memoria en una de sus interesantes novelas: á Scribe y á Auber inspira la letra y la música de la producción mas seductora de la ópera francesa: el duque de Rivas le elige por asunto de una narración llena de vida, amena y elegante. Don Antonio Gil de Zárate le bosqueja en el drama estrenado en el teatro Español el último viernes.

Este distinguido escritor en la carrera dramática y tratando asuntos de historia ha conquistado su alto renombre literario. Hábito tiene el público de aplaudir al que en su presencia ha evocado las sombras del voluptuoso godo que sucumbió junto al Guadalete; del que con ruda heroicidad supo inmortalizarse dentro de los muros de Tarifa; de la infeliz princesa desairada y sacrificada por un soberano, á quien tachan de cruel unos, y encomian otros por justiciero; del valido de Juan II, el mejor caballero y el político mas entendido entre sus contemporáneos todos, muerto en afrentoso patíbulo por haberse anticipado á su siglo: del grande adalid, cuya inclita fama durará lo que duren las corrientes del Garellano. Delirando la figura de Guillermo Tell, nos ha pintado la magnífica aurora de la libertad de un pueblo, avezado después á vender sus republicanos hijos al oro de todas las tiranías de Eu-



Masaniello.

ropa. Nada ha omitido en *Un monarca y su privado* para señalar la situación de España, mientras empuñaba su cetro un rey, que al compás de la rápida des-

membración de sus dominios, gastaba alegremente sus caudales; y mientras regía el timón del estado el ministro despótico y absoluto, que después de ocasionar infinitas desgracias públicas y particulares, no tuvo aliento para resistir la suya propia, y á la postre murió llorando como una débil mujer en Toro. Ha sabido mover los corazones á compasión afanosa, al encarecer en la *Familia de Falkland* las desventuras que con larga mano siembran en el hogar doméstico las guerras civiles. Y en el luctuoso cuadro del reinado de Carlos II, nos ha puesto delante de la vista los derrumbaderos por donde se abisman en la postración y en la afrenta los reyes y las naciones que el poder monástico avasalla. No cabía pues el temor de que en manos tan hábiles para el drama histórico se marchitara un asunto tan fecundo como el de la revolución de Nápoles, en que un andrajoso pescadero subió de un salto de una oscuridad abyecta á la cumbre de la fama.

Ya es hora de decir algo del argumento de la producción dramática que nos inspira estos renglones. Abresela escena trepando Masaniello á la casa del conde de Conversano por una escala que le echa María, camarera de Laura, hija del conde. Le acompañan en su aventura Catáneo y Cafiero, dos de sus camaradas. Allí le trae el amor que profesa á Laura desde que tuvo la dicha de salvarla del furor de las olas delante de numeroso concurso; y ella prendada de los naturales atractivos de Masaniello corresponde á su amor, ardiente como el Vesubio y proceloso al modo del mar que proporciona sustento al pobre pescadero napolitano. Mientras habla con su amante le guardan las espaldas, escondidos en una habitación, sus dos camaradas. Perturba la presencia del conde la amorosa entrevista; manda á sus gentes que se apoderen de Masaniello; este llama en su socorro á los dos escondidos y queda dueño del campo. Entonces formula calorosamente la pretensión, que califica el conde de insensata: Masaniello, que se abrasa en cólera por los males que Nápoles sufre, y como por alumbriamiento se cree llamado á altos destinos, anuncia al conde que llegará á pedirle la mano de su hija, no como un pobre pescadero, sino coronado de laureles. — Esto pasa mientras el pueblo napolitano bulle inquieto, atrevido y encolerizado, de resultados del impuesto sobre la fruta, que es su principal alimento, y está próximo á sublevarse, cuando María anuncia á Masaniello que el conde se dispone á trasladar á su hija á España. Cafiero se encarga de impedirlo: cunde el tumulto, la rebelión estalla, el pueblo vence: Cafiero estorba el viage de Laura y prende al conde, su padre: quiere asesinarle la muchedumbre; defiéndele Masaniello con gran trabajo, hasta que á Cafiero ocurre el ingenioso expediente de alargar la vida del conde, proponiendo con aprobación de la turba popular que se le sujete á proceso. Encarcelado el conde, cumple Masaniello su promesa presentándose á pedirle la mano de Laura como capitán general de los sediciosos. Recházale con noble dignidad, y despreciando la vida, el conde de Conversano. Su muerte ha decretado el tribunal del pueblo, y Catáneo trae á Masaniello la sentencia para que la firme, sin cuyo requisito no puede ejecutarse. Absolutamente lo rehúsa el amante de Laura: Catáneo le denigra con la nota de traidor, le amenaza de muerte, si persiste en la negativa, y le concede un breve espacio para que medite lo que le está mejor, y resuelva. Sobreviene Cafiero y le induce á firmar la sentencia para proteger con su popularidad la vida del conde y de su hija, de lo cual se encarga aquel como gobernador de la cárcel en que se halla el magnate. Masaniello firma la sentencia y se la entrega á Catáneo. Se levantan arcos, se cuelgan guirnaldas de los balcones, y se preparan luminarias para celebrar el triunfo de Masaniello con fiesta y algazara: Catáneo, concitando perpetuo de las turbas, las alborota para acelerar la muerte del conde, y Cafiero no tiene mas arbitrio que ceder á sus intimaciones, sacando al de Conversano entre una escolta, para llevarle al suplicio. Laura lo ve desde un balcón y se arroja inútilmente á salvar á su padre: Catáneo la enseña la sentencia firmada por su amante: el sentimiento filial predomina en el corazón de Laura y maldice sus amores, y declara á Masaniello que le aborrece: en esto suena la terrible descarga de arcabuces y el pobre pescadero cae gradualmente en congojoso delirio. El pueblo saca á Masaniello en triunfo, y el triunfador sale sobre un caballo maquinalmente y como hombre absorto en otros cuidados. Por fortuna Cafiero ha tenido arte para salvar al conde poniendo en práctica una cosa que había oído ponderar como verídico suceso, haciendo la descarga con pólvora solamente, y previniendo al conde que se fingiera muerto, facilitándole un disfraz de pescador napolitano, y aprovechándose para llevarle á lugar seguro de la confusión del triunfo, de las sombras de la noche, y del mayor alboroto que produce el incendio de un palacio. A orillas del mar y dispuesto á embarcarse el conde, agradece su noble acción á Cafiero: de boca de este sabe Laura que Masaniello firmó la sentencia de su padre como único medio de proteger su vida. Laura se arrepiente de haberle despreciado y mas cuando le ve acercarse, completamente trastornado el juicio, esforzándose en vano porque la reconozca. Suena ruido popular; el conde se aleja de la playa; Catáneo lo descubre, y ya no duda de que Masaniello hace traición á la causa del pueblo. Poco á poco recupera Masaniello la razón al blando arrullo del amoroso acento de Laura, pero dura poco la dicha de los amantes: rugen cercano el tumulto acaudillado por Catáneo: llega, y

hallando á Masaniello con Laura, irrita al pueblo contra el traidor que los vende. En vano le defiende Cafiero: los sediciosos disparan sus armas y Masaniello cae mortalmente herido. A este tiempo desembarcau socorros para el virey, y viene al frente de ellos el conde de Conversano. Al acercarse este huye mucha parte del pueblo: se entera el conde de todo lo acontecido; manda á sus gentes que prendan á Catáneo, y compadeciéndose de la triste suerte de Masaniello y viéndole exhalar el último suspiro, esclama con energía aterradora: *¡Ved, como el pueblo á quien le sirve paga!* exclamación que compendia el pensamiento de la obra.

Tal es en resumen el argumento de la producción, cuyo análisis nos ocupa. Todos los caracteres están trazados de mano maestra. Laura es todo amor; el conde de Conversano todo orgullo; Masaniello un hombre de baja extracción, animado de altos pensamientos y dotado de instintos generosos, y á quien el amor despoja de su natural rudeza: Catáneo es en todo el sentido de la frase lo que pudiéramos llamar un *patriota neto y crudo*: Cafiero uno de los mil infelices que se hallan contentos con su suerte, y á quienes, si algo incomoda no es que los demas sean ricos, sino ser él pobre; pero se bate porque se baten sus camaradas y sigue la corriente en la efervescencia del tumulto, aunque su corazón le inclina siempre á lo bueno. En la natural exposición, gradual curso, y bien meditado desenlace del drama, cada uno habla el lenguaje de su carácter propio; el que anhela el orden, no como revolucionario; y el que se mueve, no por un sentimiento de libertad, sino de venganza, de distinta manera que el que por la independencia de su patria arrostra en la lid la muerte.

Tanto por la versificación como por el arte y por el contraste de caracteres y por la exactitud de las ideas y por el conocimiento del corazón humano, nos parecen excelentes la escena tercera del primer acto entre Masaniello y Laura, escrita en primorosas quintillas; la de la revolución en el segundo; todas las del tercero, y muy especialmente la que pasa entre Laura, el conde y Masaniello, en romance endecasílabo perfectamente entonado; las sexta y séptima del cuarto, y la octava del quinto. En obsequio de la brevedad renunciamos al trabajo de enumerar sus bellezas.

Nuestro propósito no es hablar de cómo se ha representado y puesto en escena el *Masaniello*; digamos que bien, sin entretenernos en pormenores. Si hubiéramos asistido á la representación desde los pasillos del teatro, y tuviéramos que dar cuenta del drama por el efecto que hizo en los espectadores, formularíamos nuestro voto en términos muy sencillos: *Al público no ha gustado el drama; luego es malo*. Por fortuna el señor Gil de Zárate no iba anoche á conquistar reputación de autor dramático, teniéndola ya muy bien sentada. Si los generales mas entendidos sufren en los campos de batalla alguna derrota, no es de extrañar que en los oídos de los que para el público han escrito, cesen un día de resonar aplausos. Con perdón del público sea dicho, que en nuestra opinión los merece el *Masaniello*, y nadie se alborote porque tal sea nuestro humilde juicio, después de tener bien estudiado el drama, y muy presentes algunos ejemplos de que lejos de ser infalible, se equivoca el público á menudo. No podemos olvidar que en el siglo pasado solo consideraban los franceses las tragedias de Racine, dignas de ser leídas por los que pagaban prendas en el juego que estaba á la sazón muy en boga en las tertulias mas entonadas. Tampoco se nos olvida que personas muy eminentes se quedaron dormidas cuando Schiller las leyó *La conjuración de Fiesco*; que Rossini oyó silbar *El barbero de Sevilla* tres noches consecutivas en el gran teatro de Roma; que la tragedia titula *Las vísperas sicilianas* de Casimiro Delavigne estuvo largo tiempo proscrita del teatro francés, considerándola como una cosa detestable. Por otro lado tambien nos ocurre que Comella era las delicias de nuestros abuelos con sus ridículos abortos literarios. Séanos, pues, lícito profesar la opinión que dejamos insinuada, y con tal fé, que nos honráramos de haber concebido el *Masaniello*, seguros de que con tan legítimo título estaba asegura á nuestra gloria.

No queremos negar que la variación del final ha hecho perder mucho al drama, pero estamos convencidos de que, aun conservando el que tuvo primitivamente, su éxito hubiera mejorado poco. Ha sido desgraciado y no nos sorprende; porque esta es una de las muchas señales que nos persuaden y confirman cotidianamente una verdad muy triste. Estamos en plena decadencia literaria.

A. F. DEL RIO.

EL LICENCIADO DON TADEO CRISTOBAL.

(Continuación.)

—Tío Luquillas, gritó la joven cliente.

—¿Qué se ofrece? contestó aquel.

—Os necesito.

—Es claro supuesto venis á mi oficina, contestó el tío Luquillas, y creyendo haber acertado el deseo de la joven sacó del pupitre una cuartilla de papel velin de color de rosa glaseado, perfumado y orleado con Cu-

pidos, arcos y flechas; mas la joven china hizo con su preciosa manita un movimiento de impaciencia.

—¿Es regular escribir en papel de ese color á un hombre que va á morir? exclamó ella.

—¡Diablo! murmuró el escriba sin desconcertarse, en tanto que aquella enjugaba con una trenza de sus cabellos las lágrimas que derramaban sus hermosos ojos.

—Segun eso, añadió aquel, ¡debe ser un billete de último adios!

Un suspiro fué la única contestación: en seguida aproximando sus nacarados labios al oído del viejo escribiente le dictó á pausas é interrumpiéndose á cada momento unas cortas líneas, sin dejar de correr por sus mejillas abundantes lágrimas. Jamás se había presentado á mi vista un contraste tan marcado é imponente: ¡la vejez insensible y fria junto á la juventud fogosa y apasionada!

No era yo el único que observaba esta escena: todos los que pasaban por delante de la casilla del tío Luquillas echaban una mirada de curiosidad ó compasión sobre la interesante china. El evangelista había cerrado la carta y solo faltaba poner el sobre, cuando uno de los espectadores mas atrevido ó curioso que los otros entró dentro de la oficina sin ceremonia y principio á alternar en la conversacion. No me era desconocida la fisonomía de aquel sujeto, y recordé que algunos dias antes había estado sentado á mi lado en la plaza de toros, y que con la mayor política y agrado me había hablado de este espectáculo como verdadero apasionado é inteligente. Conociendo que aquel momento era poco á propósito para presentarme yo, y tomar noticias del tío Luquillas permanecí quieto á algunos pasos de la casilla aguardando con resignación que se fuese el recién venido. Este me inspiraba cierto interés á pesar de no haber mediado entre los dos mas que un par de horas de conversacion: tendria sobre unos 40 años de edad; sus facciones no carecian de dignidad y nobleza, aunque mezclada con cierta espresion de melancólica ironía que alteraba algunas veces su regularidad. Aun cuando hubiese olvidado enteramente nuestro encuentro en la plaza, su extraño trage hubiera bastado para fijar mi atencion, y hacer que reparase en él: llevaba una ancha capa azul, forrada toda de finísima grana, y cubria su cabeza un enorme sombrero de castor leonado, guarnecido de un galon de oro.

—¿Para quién es esa carta, hijita mia? preguntó á la china con cierto tono de autoridad.

La muchacha señaló con la mano la cárcel del palacio del presidente, y pronunció quedito un nombre que no pude oír.

—¡Ah! para Pepito dijo el desconocido alzando la voz:

—¡Ay de mí! para el mismo, suspiró la joven, ¡y no sé cómo ni qué hacer para que llegue á sus manos!

—Bueno, no tengas cuidado, tranquilízate... mira que pronto nos presenta el cielo una proporcion la mas favorable.

En el momento en que el del sombrero de castor pronunciaba estas últimas palabras, la gente que obstruía los portales corria atropelladamente á la plaza mayor para presenciar un hecho muy comun en México; acababa de cometerse un asesinato en medio de la calle: habian prendido al delincuente, levantado el cadáver, y el fúnebre acompañamiento se dirigia á la cárcel mas cercana, que era justamente en la que estaba preso el amante de la joyencita: no me costó mucho trabajo comprender el sentido de las palabras de consuelo que había pronunciado el desconocido.

El cuadro que presentaba el cortejo que en aquel momento desfilaba por la plaza, tenia tanto de cómico como de lúgubre: el original es único y solo existe en aquel pais. Un *cargador* (mozo de cordel) rompía la marcha, llevando sobre sus espaldas sujeta con una correa atanzada en su frente una silla sobre la que iba atado un hombre, ó por mejor decir un cadáver cubierto con una manta ensangrentada: el asesino colocado en medio de cuatro soldados marchaba detrás de su víctima: los curiosos y amigos del muerto lamentando la desgracia y fingiendo tal vez un dolor que no sentian, cerraba la procesion: de todos estos acompañantes mas ó menos afligidos ó interesados el mas tranquilo era sin disputa alguna el asesino: iba con la mayor frescura y desembarazo entre las bayonetas fumando su cigarro, é interpeando de vez en cuando al muerto, admirándose de que no contestaba cosa alguna á sus dieterios.

—Vamos, vamos, Panchito; decia este, ya sabes que no gusto de chanzas: no tengo medios ni ganas de mantener á tu muger, ¿callas? bueno, finge que estás muerto todo el tiempo que quieras, á mí no me engañarás.

Pero Panchito estaba muerto, muy muerto por mas que dijese el asesino.

Confieso que me estremecí y que temblaba toda mi cuerpo cuando pasó junto á mí el asqueroso cadáver cuyos ojos permanecian abiertos é inmóviles aunque heridos por los rayos del sol.

Sin duda el aficionado á los toros estaria mas acostumbrado que yo á semejantes espectáculos, porque lo ví dirigirse en derechura y sin inmutarse al acompañamiento, hace que haga alto, y enseñando al asesino la carta de la china—Escucha, le dice, tú no dejas de conocer al inelito Pepito Rechilla....

—¿Qué si lo conozco? ¡pardiez! si es mi compadre; mañana lo ahorcan.

—¡Bueno, lo sé! pero como es probable que no te acordarán á ti antes que á él, en el momento que en-

tres en su prision le entregáras esta carta de parte de su querida.

—¡Ah, mi buen caballero! exclamó en aquel momento la hermosa mejicana arrojándose sin aliento á los pies del asesino bañado el rostro de lágrimas, por la preciosa sangre de Jesucristo y por la gloriosa Virgen de los Dolores, no dejéis de entregarle mi última despedida, mi eterno adiós! ¡soy la mas desventurada criatura! ¡infeliz! no puedo llegar á donde él está.

—¡Si, hermosa mia, si! respondió el matador poniendo la mano en su pecho y procurando dar á su voz un tono patético y caballeresco, haré lo que me pidiis, tengo el corazón sensible, y os juro que á no ser por ese maldito Panchito no me veria yo aqui.... pero en fin estad tranquila, prenda de mi alma!

El de la capa azul alargó una moneda al preso que interrumpió su elocuente razonamiento: los soldados dieron prisa para continuar la marcha hacia la cárcel, el acompañamiento se dispersó luego que llegaron á su puerta, en tanto que las mugeres con la exquisita sensibilidad que caracteriza á las mejicanas rodeaban á la desconsolada china sin poder conseguir que se decidiese á alejarse de aquel funesto sitio; se negó obstinadamente á sus instancias y ruegos, y luego vió que se dirigia hacia el calabozo y que se sentó al pie de la gruesa muralla, permaneciendo inmóvil cubierto el rostro con su rebozo. Su acompañante se habia perdido entre el gentío, y habia llegado el momento de ir yo á conferenciar con el evangelista. Llegué por fin, y le di un ligero golpecito en el hombro.

—¿Podeis, por ventura, decirme donde habita el licenciado don Tadeo Cristóbal?

—¿Don Tadeo el licenciado decís? ¡pues si hace un solo momento que estaba aqui!

—¿Aqui? ¿don Tadeo?

—Fijo, ¿no habeis observado con qué afán se ha encargado para hacer que llegue á manos del bandido Pepito Rechilla, la carta que me ha dictado una de las mas hermosas chinas que hay en Méjico?

—¿Cómo! ¿el hombre del sombrero con galon de oro y capa de grana seria acaso el licenciado don Tadeo?

—El mismo en cuerpo y alma.

Y ahora ¿en dónde podré encontrarlo yo?

—Lo ignoro, porque á decir verdad él no tiene domicilio fijo; sin embargo si necesitais hablarle sobre algun negocio urgente, id esta misma noche entre 9 y 12 al callejon del Arco, y estad seguro que lo encontrareis en la última casa de la derecha viniendo de la plaza.

Di algunos reales y las gracias al viejo noticiero, manifestándole mi reconocimiento, y aunque apenas eran las siete de la tarde me dirigí al indicado callejon porque queria reconocer de día la casa á la que me proponia ir dos horas despues: la experiencia me habia demostrado que en Méjico no son inútiles semejantes precauciones, y me habian designado aquel callejon como uno de los parages mas peligrosos de la capital. En efecto, el aspecto repugnante que presenta esta callejuela sin salida justificaba plenamente la mala reputación de que goza: el conjunto de edificios de que hacen parte los portales de los Mercaderes, designado con el nombre de *El Empedradillo* no forma una sola isla: frente á la catedral por el lado que mira al Sudeste se advierte una estrecha callejuela que vá á perderse en la del *Empedradillo*, y esta es la del Arco. Cuando deslumbrada todavia la vista por el resplandor del sol cuyos ardientes rayos reflejan en las blancas fachadas de los edificios de la plaza, y en las grániticas losas del pavimento, apenas pueden los ojos percibir por de pronto otra callejuela que la corta en ángulo recto formando una lóbrega encrucijada. Ninguno que se hallase en este parage creeria que estaba en el centro de una populosa ciudad á no ser por tal cual miserable tienda de espartería, algunas puertas herméticamente cerradas, ú oscuros y estrechos zaguanes: las verdosas paredes destilan de continuo una humedad incómoda y nociva, y únicamente en el solsticio de verano un fugaz rayo desprendiéndose del firmamento trae á plomo y vivifica este hediondo callejon, hasta que el sol haciendo su giro al opuesto trópico vuelve á quedar sepultado en las tinieblas.

En tan repugnante sitio, y en una de aquellas sinistras casucas, era donde debia encontrar al hombre, que segun me habian asegurado, era el único que podia encargarse y llevar á cabo un negocio que todos los abogados de Méjico se habian negado á atender. Algunos momentos estuve parado contemplando con admiración el rincon que habia tenido el cañicho de escoger un jurisconsulto para su estudio; pero ¿no podia haberme ya prevenido de las extravagancias y escentricidad de don Tadeo, el episodio que habia presenciado aquella misma tarde? ¿Cómo poder explicar el desembarazo y tono familiar con que habia entregado á aquel miserable la carta dirigida á Pepito Rechilla? ¿y cómo descifrar las relaciones amistosas que mediaban entre este bandido y aquel licenciado? tan extraña amistad entre un letrado y asesinos me parecia desde luego de malísimo agüero; y sin embargo el deseo y esperanza de terminar cuanto antes, y ver el fin de aquel negocio tan largo tiempo aplazado me decidieron, y salí de aquel callejon proponiéndome volver dentro de dos horas.

11.

Habia oscurecido: era una de aquellas serenas y placibles noches de mayo, en que la ciudad de Méjico presenta su mas magnífico panorama: los plateados ra-

yes de la luna que luce en todo su esplendor iluminando la cúpula de los templos y la pintada fachada de los edificios presentan un aspecto mágico y sorprendente del que en vano tratarán de formar una idea los habitantes de los nebulosos climas del Norte. La concurrencia de la plaza mayor era tan grande como la que habia antes de ponerse el sol, pero á aquella hora se advertia mas tranquila y sosegada; el silencio que reinaba solo era interrumpido por el abrir y cerrar los abanicos, por el rugido de los trages de seda al tropezar y rozarse unos con otros; de vez en cuando vibraba en el oido una carcajada femenina, dulce como los sonidos del arpa colina, ó escitaba al recogimiento el tañido de la lejana campana de algun convento. Las mejicanas cubiertas con sus velos, los hombres embozados en sus capas, se deslizaban cual sombras por la arena que apenas herian sus pies. Yo ví allí mas de una pareja mal disfrazada bajo su ancho traje nacional que sin duda daria larga materia para llenar la crónica escandalosa de las tertulias: junto á muchachas jóvenes y hermosas habia tambien otras que segun espresion de un inglés, el peso de la edad hacia inclinar la balanza hacia los malhadados treinta abriles. Tambien tropecé con un enjambre de estas *doncellas chanflonas*, de estas hermosuras de alquimia de las que habla Perez de Guayana: nada digo de esos espadachines aventureros que se encuentran en Méjico á cada paso y como llovidos, verdaderos tipos de los matones, arrastrando por las losas sus largas espadas y haciendo sonar las espuelas. Tal era la concurrencia regocijada que obstruia la plaza mayor á la hora en que me encaminaba yo lentamente y aun con cierta irresolucion hacia el callejon del Arco.

Luego que puse el pié en tan lóbrego sitio sentí en el rostro una ráfaga de viento como el que sale por el tragaluz de una bodega, tan frio que me penetró hasta los huesos: estuve parado algunos momentos procurando ver si descubria alguna luz en ventana ó en las rejillas de las atrancadas puertas: ¡vana esperanza! ¡todo se presentaba oscuro, desierto y sin vida! En este apuro tomé mi partido y me encaminé con resolucion y á tientas con direccion á la casa que habia reconocido pocas horas antes. Habia llegado ya á la encrucijada ó recodo temible cuando oigo á mi espalda ruido de pisadas y brujuleo un hombre que siguiendo el mismo camino se dirige hacia mí: quiero dejar libre el paso y retirarme á la acera, pero con la oscuridad tropiezo con la descomunal espada que llevaba el paseante nocturno y hubiera caído sin remedio á no haberme agarrado á su capa: mi hombre dió en el mismo momento un salto atrás al mismo tiempo que por su acción conocí que habia tirado de la espada.

—Cuerpo de Dios, exclamó entonces, ¿atentais á mi vida, ó queréis robarme la capa, señor ladrón?

Creí reconocer aquella voz y me apresuré á responder.

—No soy ladrón, y mucho menos asesino, señor D.... D....

Esperaba que el desconocido ayudaria mi memoria y declinaria su nombre, pero nada de eso; guardó la espada arrimándose á la puerta de la casa mas inmediata, y con tono brusco y desabrido me preguntó:

—¿Quién sois, qué queréis?

—Busco la habitación del licenciado don Tadeo, le contesté, y si no me equivoco debe ser esta en cuya puerta estamos.

—¡Ah! ¿y quién es el que os ha dado las señas de mi morada?

—El tio Lucas el escribiente: necesitaba hablar con don Tadeo sobre un negocio muy interesante....

—Don Tadeo! estais hablando con él mismo.

El traje de este hombre cuyas facciones no podia distinguir bien, era en efecto el mismo que llevaba aquella misma tarde el aficionado á los toros, y cuyo nombre me habia dicho el tio Luquillas: me dí el parabien por tan feliz encuentro, lo saludé amistosamente pidiéndole al mismo tiempo me concediese algunos momentos de audiencia.

—Para mí será un grande placer, y estoy pronto á ocuparme de vuestro pleito, mas por de pronto entremos en esta casa y hablaremos con mas comodidad.

Diciendo esto dió tres golpes con el pomo de la espada en la puerta junto á la que estábamos.

—Mi profesion, continuó diciendo, me obliga á tomar ciertas medidas de precaucion, y ahora mismo os diré el por qué: os admirareis tal vez de que haya escogido tan extraño domicilio: os habrán dicho que soy un hombre estravagante, original, y en verdad que tienen razon....

Un ruido de cadenas que sonó al abrirse la puerta misteriosa interrumpió á don Tadeo: el portero con su linterna en la mano se inclinó respetuosamente cuando entró el licenciado que me hizo seña para que lo siguiese.

A favor de la escasa luz atravesamos ligeramente un largo zaguan, y despues de haber subido por una escalera estrecha y desigual nos paramos delante de una mampara, sobre la cual habia un lienzo trasparente é iluminado con profusion en el que se leian en gruesos caracteres *Sociedad filarmónica*.

Al traves de la mampara se dejaban oír voces, gritos y no pocas maldiciones.

Son vuestros clientes los que mueven tanta baraunda? pregunté yo á don Tadeo.

Sin contestarme una palabra abrió este la puerta y entramos en una sala vastísima aunque escasamente iluminada: ocupaba el centro una larga mesa cubierta con un tapete verde y rodeada por personas de todas

clases: algunos quinqués fijos en las paredes y cuatro velas de cera largas como cirios de iglesia, colocadas en palmatorias de hoja de lata, eran las luces que componian todo el alumbrado: otras mesas mas pequeñas arrimadas á la pared de trecho en trecho, servian para que los aficionados tomasen segun su gusto, infusion de tamarindos, agua rosada ó aguardiente de Reus. En el testero de la sala se veian varias pinturas al temple que representaban estraños grupos de violines, contrabajos, trompas de caza, clarinetes y demas atributos músicos, para recordar sin duda el primitivo destino de aquel local, ¡Fácilmente se comprenderá la sorpresa que esperiménté cuando en vez de encontrarme en el estudio de un letrado me hallé dentro de aquel repugnante garito! Quedé parado y me puse á examinar de pies á cabeza á mi introductor como si lo viese por primera vez; era en efecto el mismo con quien habia estado en la plaza de toros, y el que habia figurado hacia pocas horas en los portales de los Mercaderes y en la plaza mayor. Don Tadeo con su ridiculo traje, su larga espada y su espesa y enmarañada cabellera, tenia mas traza de saltador que de abogado.

No bien habia dado dos pasos por la sala cuando se le acercaron dos sugetos dignos parroquianos al parecer de aquella caverna. Era el primero una especie de gigante de continente feroz y estúpido: alargó al licenciado una mano descomunal y le dijo en chapurrado castellano que olia á inglés de cien leguas:

—¿Cómo le vá al señor don Tadeo?

—Mejor que á aquellos á quienes se la teneis jurada, maestro John Pearce, contestó el licenciado á este lanzándole al mismo tiempo una mirada desdeñosa, pero penetrante como un puñal buhido, ¿no sabeis que vuestra reputacion es al presente en Méjico tan equivocada como en Tejas, en especial despues que....

—¡Chiton! exclamó por lo bajo el americano, que por lo visto no deseaba que don Tadeo concluyese la frase; solo trataba me dieseis permiso para consultar con vos....

—Luego, despues, contestó aquel, este caballero tiene la preferencia porque ha llegado antes.

—Señor licenciado, hacedme el favor de oír ahora mismo dos palabras, necesito me deis un consejo, dijo otro individuo de color cobrizo, ojos atravesados, pelo entrecano, y vestido con el traje nacional.

—¡Ah! ¡buen perillan! ¿eres Naveja? respondió aquel mirando al americano de alto á abajo con tan severa mirada que lo aterró, se trata todavia de aquella fechoria....

—¡Silencio! exclamó este tambien, no trato de incomodaros, aguardaré á que llegue mi turno si es asi vuestra voluntad.

Habian bastado á don Tadeo dos palabras sin duda alusivas á algunas hazañas poco edificantes de la vida y milagros de estos clientes, para desembarazarse de sus impertinencias, y admiré la superioridad que daba á mi compañero una experiencia adquirida evidentemente á costa de un trato íntimo y peligroso con los héroes mas temibles de la gitanería mejicana.

—Ahora bien, me dijo volviéndose á mí; ¿podré saber, señor caballero, quién sois y cuál es el negocio para que me buscais? sin duda debe ser harto delicado, porque no se recurre á mí sino para allanar aquellas dificultades que mis colegas juzgan insuperables, y aun, como si lo viera, juraria que alguno de esos dignos jurisconsultos os habrá aconsejado que os dirigiérais á mí.

Yo le nombré el abogado que me habia encomiado su intrépido corazón y el buen temple de su espada; pero él meneó la cabeza, y con una sonrisa desdeñosa replicó:

—Ahora conozco claramente que se trata de un negocio árduo y peligroso; el abogado que citais es mi enemigo declarado y jamás me envia si no los de esta clase, pero yo tengo en esta, dijo echando la mano á la espada, el mejor defensivo, como algun día lo confesareis, y si se ofrece tiro de ella, de día ó de noche en medio de la calle: ¡qué queréis! soy de Sevilla, y algo me debe servir haber vivido algunos años en el barrio de Triana.

—¿Qué! ¿sois español?

—Sin duda, y aun antes de ser licenciado, fui lo que se llama un *trueno*, un *calavera*: en mí estais viendo un estudiante de Salamanca, de esa hermosa ciudad, en la que hace algunos años glosé esta cuarteta:

En Salamanca la tuna
Anduve marzo y abril,
Y ví niñas mas de mil
Pero como tú, ninguna.

Tambien compuse algunas letrillas que cantaba por las noches en esta alegre ciudad, pero de resultados de una serenata interrumpida desgraciadamente por un desafío en el que maté á mi contrario, me ví precisado á abandonar mi patria, y vine á Nueva España á buscar fortuna: para lograrla tenia dos cualidades muy recomendables que rara vez se reunen en un mismo sugeto: era legista sobresaliente y diestro espadachin. Vos mismo, caballero, habeis podido conocer no ha mucho rato que no he perdido todavia mi antigua afición y serenidad...., pero ahora recuerdo que debo daras una satisfaccion por haberme equivocado tan groseramente teniéndos por un ratero ó asesino, porque verdaderamente ha estado en un tris que no os haya atravesado con mi acero: asi, pues, para obtener mi

perdon me permitireis os ofrezca un vaso de agua de rosas, ó una copa de aguardiente anisado de Reus.

Y sin dejarme desplegar los labios me cogió de la mano y me llevó casi arrastrando hacia una mesa, y arrojando dos sillas me obligó á tomar asiento. Mi admiración se aumentaba por grados á medida que iba conociendo mas particularmente á tan extraño sujeto. Hasta despues que nos hubieron servido las botellas no permitió que le hablase de mi asunto, el que le expliqué en pocas palabras y con la mayor claridad que me fué posible.

—Está bien, dijo don Tadeo luego que hube concluido, veo que se trata de un deudor que no habeis podido encontrar, ni saber su paradero, pero al menos sabreis su nombre....

—¡Ah! es tal, que al parecer aterra á vuestros colegas, porque ninguno ha querido encargarse de mi litigio luego que lo he pronunciado.

—Vaya, pues, oigamos ese nombre terrible; tengo la mas viva curiosidad de saber si produce en mí igual efecto.

—Lo pronunciaré quedito: mi deudor se llama.... don Dionisio Peralta.

El sevillano ni se inmuto ni arrugó el entrecejo como yo temia: con la mayor frialdad preguntó:

—¿Y cuanto os debe?

—Mil cuatrocientos pesos fuertes.

—Está bien, me dijo, subamos al terrado, allí hablaremos mas á gusto y sin que nadie nos incomode; mas primero me permitireis que despache á aquellos dos bribones que están aguardando les llegue su turno: el interés mismo y el buen éxito de vuestra demanda exigen que no continuemos esta conversacion hasta despues de haber adquirido algunos datos y noticias que me facilitarán los parroquianos de este garito; lo que únicamente deseo es que no os admireis si veis ó ois cosas que no podais comprender.

Yo estreché cordialmente la mano del licenciado y nos levantamos de la mesa para dirigirnos al concurso de jugadores, que se habia aumentado considerablemente durante nuestra conferencia.

Una doble fila de jugadores rodeaba la mesa verde sobre la que rodaban los pesos con un sonido metálico muy dulce y atractivo: don Tadeo pasó por delante de sus clientes el americano, y mejicano, y haciéndose una seña para que lo aguardasen se dirigió en derechura á un jóven que en pie entre los mirones fijaba ávidas miradas sobre el tapete: su semblante era macilento y pálido, cubria sus largos y lacios cabellos un pequeño sombrero casi sin ala, y la esclavina que llevaba sobre sus hombros era muy raída: era el bello ideal de un escribiente de procurador que le pesa no tener todo el caudal de su maestro para jugarlo en un albur.

—Ortiz, dijo el licenciado dándole un golpecito en el hombro, ¿tienes ahí recado de escribir?

—Qué duda tiene, respondió el jóven sacando al mismo tiempo de su faltriquera un rollo de papel, tintero y pluma.

El licenciado se retiró á un lado, tomó asiento, escribió algunas líneas, dobló el papel y lo entregó á su escribiente: este no contestó á las instrucciones que le daba su maestro muy quedito si no inclinando la cabeza, marchándose luego con la mayor ligereza. El don Tadeo entonces me rogó tuviese aun un poco de paciencia por algunos minutos en tanto que iba él á dar á sus clientes el consejo que les habia prometido, y marchó en seguida. Yo me mezclé con la turba que se empujaba y estrechaba en derredor de la mesa. Era en extremo chocante el cuadro que presentaba esta reunion de aventureros de toda clase: parece se habian citado de intento los tipos mas originales y exagerados que figuran en las novelas picarescas. Pero me chocó sobremanera una ocurrencia verdaderamente caracteristica: el banquero tenia delante de sí un enorme cuchillo catalan afilado como una navaja de afeitar, y la advertencia que hizo á los jugadores me explicó claramente el uso que pensaba hacer de aquel instrumento.

—Tengan entendido todos los caballeros aqui presentes, dijo, que si alguno intenta desbancarme por medio de alguna jugarreta ó fraude, le clavaré la mano en la mesa sin miramiento ni contemplacion alguna. Tan atrevida y estraña amenaza no ofendió ni cogió de nuevo á ninguno de los que la oyeron, de lo que inferí

que mas de una vez se habria efectuado el caso previsto por el banquero.

Ya me iba cansando de esperar á pesar de la distraccion que me proporcionaban unas ocurrencias tan nuevas como originales, cuando se presentó el licenciado y nos llegamos á una mesa colocada en un rincón de la sala, á la que estaban sentados fraternalmente en buen amor y compañía el colosal americano y el americano bizco: el primero vaciaba con gentil talante una botella de anisete de Reus mientras que el segundo se saboreaba con un sorbete de tamarindo.

(Se continuará.)

Gacetilla devota de la capital.

Lunes 25. San Cesáreo, confesor. Ademas san Helorio y san Tarasio, obispos. San Felix III, papa, san Valerio, confesor, san Avertano, idem, san Dositeo, solitario san

iglesia de santa Maria, será el culto mensual á Nuestra Señora de la Almudena, por mañana y tarde. En la de san Sebastian y capilla de Palacio, misas mayores con sermón, como el viernes anterior. Habrá solemnes misereres al Cristo de la Esperanza, en el monasterio de señoras Calatravas. A Jesus Nazareno, en su iglesia. A Cristo con la cruz á cuestas, en el convento de la Concepcion Gerónima. Al del Pardo, en la real parroquia del Buen Retiro. Tambien se cantará dicho salmo por la tarde, en el colegio de niñas de Leganés. Al de la Misericordia, en san Plácido, y al de la Sangre, en Santiago. En santo Tomás y Pasion, en estas cuatro últimas partes, por la noche. En la de monjas Trinitarias, por la tarde, ejercicios como lo demas del año. Y por la noche, los de cuaresma, en los oratorios del Espiritu Santo, caballero de Gracia, Olivar, san Juan de Dios, y en la capilla de la Paloma. Ademas, por la tarde, en la iglesia del primer monasterio de Salesas, los ejercicios en honor del sagrado Corazon de Jesus.

Sábado 2 de id. San Lúcio, presbítero y mártir, san Simplicio, idem, san Federico, abad, san Onesino, obispo, discípulo del apóstol san Pablo, y la beata Eustoquia, virgen, religiosa francisca. En las iglesias de Mercenarias, santo Tomás, san José, Desamparados, Atocha, Portugueses, Recogidas, Escuelas Pias, Nuestra Señora de Gracia, Rosario, y en santa Maria, se tributará el obsequio semanal acostumbrado á la Santísima Virgen Maria. Cuarenta horas en la capilla del escellentísimo señor principe Pio, donde se festejara solemnemente á la santa faz de N. R. J. esponiendo á la pública adoracion de los fieles, con dicho motivo. Hoy os dia de ánima.

Domingo 3.º de Cuaresma. Santos Hemeterio y Celedonio, hermanos mártires, Santa Cuenegunda, emperatriz, san Astero y Marino, mártires, y san Medin de Barcelona.—Se predicará á la misa mayor (sobre el evangelio del dia), en las parroquias, Buen Suceso, Encarnacion, Capilla real, Retiro, y en san Antonio de los alemanes. Seguirán los misereres como los dos domingos anteriores, en san Ginés, san Francisco, Recogidas, san José, Rosario, santo Domingo el Real. Continuarán los ejercicios espirituales de Dominica, en san Millan, Arrepentidas, oratorios del Espiritu Santo, Cañizares, san Pedro, Caballero de Gracia, Salesas nuevas, Chamberi, escuela Pia de san Fernando, por la tarde, y en la Pasion, y Galera, por la noche. Se andará el viacrucis, en san Antonio del Prado, por la tarde, y en san Andres, por la noche. Concluirán las misiones de los Servitas en san Millan, y empezarán la última semana en la parroquia de san Marcos. Tambien hoy es ánima.



Vista de Méjico.

Simon, confesor, santos Victorino, Victoriano, Papias, y compañeros mártires, y el beato Sebastian de Aparicio, religioso francisco.—En la iglesia de religiosas de la Carbonera, esposicion del Santísimo Sacramento todo el dia, con motivo del jubileo de Cuarenta horas, y el miserere como el lunes anterior, por la tarde. En la real de san Isidro, siguen las horas canónicas por la mañana á las nueve, y por la tarde á las cuatro, solo completas. En la parroquia de san Millan, continúan las misiones de Maria Santísima de los Dolores (por su V. O. de Servitas), hasta el próximo domingo que concluyen. En la del hospital de Italianos y boveda del Cristo de san Ginés, al toque de oraciones, prosiguen todos los dias los ejercicios de este santo tiempo. En las de san Francisco y san Andres, el viacrucis, y en la Concepcion Francisca comienza la anual novena á Nuestra Señora de las Angustias, por la tarde.

Martes 26. San Alejandro, obispo, santa Metildis, virgen, religiosa benedictina, san Faustino, obispo de Bolonia, san Torcuato, idem de Braga, y 27 compañeros mártires, san Focas, hortelano y mártir, san Felix y 24 compañeros mártires, y el beato Juan de Rivenza, arzobispo de Valencia.—En la del colegio de Portugueses, el acostumbrado culto á san Antonio (su titular). En la del Rosario, por la noche, se visitarán las cruces, como igualmente el jueves y sábado á la misma hora. Cuarenta horas hoy y mañana en la parroquia del Buen Suceso.

Miércoles 27. San Baldomero, confesor, san Leonardo, obispo de Sevilla, san Teodosio, idem de Barcelona, san Leandro, idem de Andalucía, san Nestor, obispo y mártir, san Lucio y Montano, mártires, y san Julian, mártir, abogado de los que padecen el mal de gota.—En la real iglesia de Nuestra Señora del Buen Suceso, será el tercer miserere al Santísimo Cristo de la Obediencia (por la tarde). En la de monjas Trinitarias, idem al de la Piedad. En la capilla del Monte de Piedad, los ejercicios de la escuela de Maria, por la tarde. Idem los de instituto, al toque de oraciones, se practicarán en los oratorios del Espiritu Santo, Caballero de Gracia, y Cañizares. Ademas, al Cristo de las Injurias, en san Millan. Se visitarán las cruces, por la tarde, en las Arrepentidas, y por la noche, en san Ignacio, san Francisco, y en san Antonio del Prado.

Jueves 28. San Roman, obispo y confesor, y san Macario y compañeros mártires. Santa Humiliana, religiosa francisca, san Hugo, obispo y monge cartujo, san Osualdo, obispo de Inglaterra, y los mártires de Alejandria.—En las iglesias parroquiales de santa Cruz, en san Sebastian y Comendadoras, misereres por la tarde. En san Lorenzo, san Pedro, santa Maria, san Ginés, y en la real iglesia de san Isidro, misas de renovacion al Santísimo, como todas las semanas. Cuarenta horas hoy y mañana en la capilla de Jesus Nazareno (ahora de religiosas del Caballero de Gracia).

Viernes 1.º de marzo. La fiesta del santo Angel de la Guarda. San Rosendo, obispo, santa Eudoxia, mártir, y santa Antonina, san Erculano, obispo de Perusa, abogado de los golpes de mano airada, san Aubin, obispo, san Hiscio, primer obispo de Algeciras, y la beata Mariana de Narat, religiosa francisca. En la ermita del Angel, se le celebrará todo el dia por la corporacion de porteros maceros de esta M. H. V. En la

Funciones de iglesia fuera de la corte.

Dia 27. A Nuestra Señora de las Angustias, se la celebra por nueve dias en Granada.

Dia 28. A san Fortunato y compañeros mártires, en Orduña (Vizcaya).

Marzo 1.º Al Angel de la Guarda, en Tortosa, Miranda de Ebro, santo Domingo de la Calzada, Sarria, Fuente Pelada, Guadalajara, Chapineria; y á san Hiscio, obispo, como patrono, en Torija.

Dia 3. A los santos Hemeterio y Celedonio hermanos, mártires, en la catedral de Calahorra, donde son patronos. Tambien se los celebra en Santander.

LOGOGRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.
SOLUCION DEL INSERTO EN EL NUMERO ANTERIOR.
A CUENTAS VIEJAS BARAJAS NUEVAS.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, num 8.